


B
E
N
-
H
U
R



Ediciones
BISTAGNE



BEN-HUR

REPARTO

<i>BEN-HUR</i>	RAMÓN NOVARRO
<i>Mesala</i>	FRANCIS X. BUSHMAN
<i>Esther</i>	MAY MAC AVOY
<i>Maria</i>	BETTY BRONSON
<i>Princesa de Hur.</i>	CLAIRE MACDOWELL
<i>Tirzah</i>	KATHLEEN KEY
<i>Aíran</i>	CARMEL MYERS
<i>Simónides</i>	NIGEL DE BOULIER
<i>Ilderim</i>	MITCHELL LEWIS
<i>Samballat</i>	LEO WHITE
<i>Baltasar</i>	CHARLES BELCHER
<i>Arrio</i>	FRANK CUDDER
<i>Amrah</i>	DALE FULLER
<i>José</i>	WINTER HALL

BEN-HUR

CUARTA EDICIÓN

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

Esta narración se remonta a cerca de dos mil años, cuando Roma, en el apogeo de su esplendor, imponía su soberbio poderio al mundo entero.

El pueblo hebreo, sojuzgado por la autoritaria administración romana, alimentaba un secreto anhelo de redención que cristalizó en la figura del Mesías, a quien se le atribuyó la misión de libertador.

Pero las doctrinas del Maestro hablan de encontrar una decidida oposición en la intransigencia religiosa de la Sinagoga, y en este caos de pasiones humanas, se forjó la tragedia del Gólgota, en la que fué sacrificado el dulce Rabí, Hijo del Hombre, que vino al mundo a imponer una religión de amor y de perdón.

REPARTO

<i>BEN-HUR</i>	RAMÓN NOVARRO
<i>Mesala</i>	FRANCIS X. BUSHMAN
<i>Esther</i>	MAY MAC AVOY
<i>María</i>	BETTY BRONSON
<i>Princesa de Hur.</i>	CLAIRE MACDOWELL
<i>Tirzah</i>	KATHLEEN KEY
<i>Aíras.</i>	CARMEL MYERS
<i>Simónides.</i>	NIGEL DE BOULIER
<i>Ilderim</i>	MITCHELL LEWIS
<i>Samballat.</i>	LEO WHITE
<i>Baltasar</i>	CHARLES BELCHER
<i>Arrio.</i>	FRANK CURRIER
<i>Amrah.</i>	DALE FULLER
<i>Iosé.</i>	WINTER HALL

BEN-HUR

CUARTA EDICIÓN

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

Esta narración se remonta a cerca de dos mil años, cuando Roma, en el apogeo de su esplendor, imponía su soberbio poderío al mundo entero.

El pueblo hebreo, sojuzgado por la autoritaria administración romana, alimentaba un secreto anhelo de redención que cristalizó en la figura del Mesías, a quien se le atribuyó la misión de libertador.

Pero las doctrinas del Maestro habían de encontrar una decidida oposición en la intransigencia religiosa de la Sinagoga, y en este caos de pasiones humanas, se forjó la tragedia del Gólgota, en la que fué sacrificado el dulce Rabi, Hijo del Hombre, que vino al mundo a imponer una religión de amor y de perdón.

ESTA NOCHE ES NOCHEBUENA...

Un día que al correr del tiempo había de señalarse con la fecha del veinticuatro de diciembre del año 1.º, se arremolinaba en la puerta de Jafa un río humano compuesto por hombres de todas las razas: sirios, griegos, judíos y egipcios, en éxodo interminable, camino del lugar de su nacimiento.

"Acuntació en aquellos días que salió edicto de parte de César Augusto que toda la tierra fuere empadronada."

(San Lucas-Cap. 2.-1.º)

Los soldados romanos, brutales y exigentes, tomaban la filiación de todos aquellos nómadas, tratando por igual a niños, viejos, mujeres y hombres.

La ira encendía muchos corazones y se disimulaba torpemente en los ojos.

Pero nada podía hacerse contra aquella tiranía, y los excesos eran tan múltiples como crueles.

En aquella obligada peregrinación, la miseria y la amargura eran las implacables acompañantes de millares de familias, numerosas por regla general y acentuadamente miserables.

¡Qué angustia pasaron unos padres judíos cuando al contar a sus hijos encontraron a faltar al más tierno retoño!

Afortunadamente, el angelito apareció por su propio pie y la tranquilidad volvió al ánimo de sus progenitores.

En aquel abigarramiento humano podían verse las más pintorescas escenas, y, a propósito de pintura, dos curiosos viejos comentaron, contemplando a una hermosa mujer que se hallaba dentro de una improvisada tienda de campaña:

—Por el Dios de Israel que las mujeres no descuidan de pintarse el rostro para parecer bien a los hombres.

No lejos de allí unos soldados romanos jugaban una treta a un vendedor de fruta. Uno de aquellos clavó la punta de su espada en una manzana y se la llevó a la boca como dueño indiscutible. Cerca del vendedor se hallaba un viejo judío, y el mercader, al notar la sustracción, culpó de ella a su vecino, y cuando se disponía a increparle con la dureza característica de la raza, vio la espada del soldado romano clavarle en otra manzana; y, desapareciendo de su rostro lleno de surcos y de limpieza equívoca todo rastro de indignación, sonrió al centurión, como complacido del honor que le

hacía robándole parte de su preciada mercancía.

El comerciante no ignoraba a lo que se exponía colocándose en mal terreno con los soldados, y, como todos sus semejantes, se humillaba en apariencia, acrecentándose en su interior el odio contra ellos.

Ni aun la salvaje conducta que observaron unos soldados con una indefensa mujer, que trató de esquivar su interrogatorio, arrancó de su morbosa pasividad a los hombres más decididos. No. Debían ahogar sus sentimientos, pues rebelarse era condenarse a muerte.

Dos viajeros que habían salido de la ciudad de Nazareth con el ánimo de llegar a Bethelém antes del anochecer, se confundieron con la muchedumbre.

Un venerable anciano de lengua barba blanca, preguntó a uno de los viajeros, que llevaba de la rienda un paciente asno sobre el que iba una mujer de suave belleza y cuya palidez facial denotaba que un dolor físico ponía a prueba su temple de abnegación:

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

—¿No eres tú José de Nazareth?

El aludido respondió:

—Sí, y ésta es María, mi esposa.

Y señaló a la Virgen Santísima, caballero en el rucio.

Ella clavó sus bellos ojos en el lomo de su montura y sus manos se posaron candorosamente en su vientre liliat... y luego acariciaron la blonda cabeza de un infante que sostenían los brazos amantes de una mujer que se le acercara.

Y en las caricias de María había ternura maternal...

Procedentes de las tierras del Sur llegaban a Jerusalén tres poderosos magos en sendos camellos.

Y cuando avanzaba la fría noche, María y José franquearon las puertas de Bethelém, sin lograr hallar alojamiento en la ciudad de David.

José suplicó, insistentemente, albergue para su esposa, y se le contestó con cierta dureza:

—No será tu esposa la única mujer que duerma al raso esta noche. ¿Vale ella acaso más que sus hermanas?

María no pudo ahogar unos leves gemidos, y el hombre que se negara a darles cobijo considerando a los dos viajeros como a todos los demás que llegaron antes que ellos, se compadeció de ella y les indicó que lo siguieran a una especie de cueva, único sitio que podía destinarles excepcionalmente.

Cuando los viajeros hubieron llegado a aquel lugar cubierto, que no era más que un establo, dijo el buen hombre:

—Esta es la gruta del rey David, cubierta por el polvo de los siglos. En este sagrado lugar podréis pasar esta noche.

Y añadió, mientras la dulcísima María sonreía contemplando el establo y frotando con sus manos de nieve la paja:

—Hace muchos siglos, David, siendo pastor, reposó aquí con sus rebaños.

Siguió avanzando la noche...

Y, guiados por una estrella vivísima, los tres poderosos magos procedentes del Sur proseguían su camino hacia Jerusalén.

"Y había pastores en la misma tierra que velaban y guardaban las vigiliat de la noche sobre su ganado."

(San Lucas-Cap. 2-8.)

"Y he aquí que el ángel del Señor vino sobre ellos, y la claridad de Dios los cercó de resplandor; y tuvieron gran temor."

(San Lucas-Cap. 2-9.)

"Y vinieron aprisa, y hallaron a María y a José, y al niño acostado en el pesebre."

(San Lucas-Cap. 2-16.)

"Y se volvieron los pastores glorificando y alabando a Dios de todas las cosas que habían oído y visto, como les había sido dicho."

(San Lucas-Cap. 2-20.)

Los tres sabios magos de Oriente—Melchor, procedente de la India misteriosa, y de poblada alba barba; Gaspar, de la ponderada Grecia, y de rastro enjuto y despejado; y Baltasar, del Egipto eterno, y cuyas barbas negras dabanle un aspecto imponente—ofrecieron al Divino Infante sus presentes y le adoraron como Rey y Redentor.

Y María, la Santísima Madre, sonreía meciendo sobre su regazo a su Divino Hijo...

AUTOCRACIA

Transcurrieron los años y la leyenda del Redentor del pueblo hebreo se fué esfumando en la memoria de las gentes.

Jerusalén, preñada de sordo descontento, aguardaba a la sazón la llegada de Valerio Grato, el nuevo tirano impuesto por Roma y que estaba animado de rapaces designios y dispuesto a imponer su crueldad al pueblo hebreo.

La plebe murmuraba devorando con los ojos a los arrogantes soldados romanos, y llegó a declararse francamente en rebeldía, pero los centuriones de la guardia montada dieron una carga que logró sofocar el incipiente motín.

—¿Qué ha de poder un judío

contra un romano?—era la frase de los esbirros.

La inquietud que conmovía a Jerusalén alcanzó al gran palacio de la familia de Hur, solar de una poderosa rama de príncipes de Judea.

La princesa viuda de Hur, en aquellos momentos de espera, por parte del desgraciado pueblo, del nuevo tirano, hablaba con su esclavo de confianza Simónides, que había sido llamado para transportar a Antioquía los bienes de la casa de Hur.

La viuda de Hur, recomendaba a su servidor que supiera llegar a buen puerto con los tesoros que le confiaba, temerosa de que se los robaran los secuaces de Grato.

—Calma tus temores, noble señora—repuso el esclavo—. Tus tesoros tendrán en Simónides un guardador fiel. Y como es necesaria mi partida antes de la llegada de Grato, pídotte permiso para retirarme.

—Que Jehová te proteja, Simónides. Sólo lamento que debas ponerte en camino sin recibir la bendición de tu joven señor.

—En verdad, señora, que me allige no verle; pero cualquier retraso podría perjudicarme... No era mi señor más grande que un corderillo cuando me fué dado verle la última vez.

El esclavo dispúsose a huir de Jerusalén, y al despedirle, la viuda de Hur, reconociendo a su fidelidad, le dijo afablemente, mientras él le besaba lleno de humildad los bajos de su túnica talar:

—Nos has dado siempre pruebas de una lealtad inquebrantable, Simónides. Pluguiese al cielo que estuviera en mi mano el darte la libertad, pero bien sabes que la ley me lo veda.

Simónides emocionóse ante la

nobleza de su señora y rumoreó:

—Mi esclavitud es harto llevadera, pues has permitido que todos, aun mi propia hija, me crean un hombre libre.

Tras esto Simónides salió del palacio, hasta cuya puerta le alentó con su cariñoso verbo la viuda de Hur; y allí se le reunió su hija Esther, que había acompañado al fiel esclavo a Jerusalén, en viaje de recreo, e ignorando su triste condición.

Simónides y Esther montaron en sendos borriquillos y emprendieron el camino hacia Antioquía, abriéndose paso entre el inmenso gentío que aguardaba a Valerio Grato.

Ben-Hur, el joven príncipe de Judá, contemplaba con rencor inextinguible a los soldados romanos paseándose orgullosamente por las calles para contener, castigándolas, a las masas al menor intento de protesta.

Era Ben-Hur un efebo de simpática apostura, dotado de un corazón de oro y el más decidido

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

partidario de la rehabilitación de su raza.

Simónides y Esther cruzaron la calle a corta distancia del príncipe, que no los conocía, y casualmente la hija del esclavo se detuvo, sin avisar a su padre, que siguió adelante, para acariciar una paloma que la gentil doncella había visto en manos de una vendedora.

Mientras Esther derramaba su ternura sobre la cándida ave, Ben-Hur la descubría con infinita alegría, como la más bella joya entre todas las que sus ojos admiraran, y ya no pudo apartar de su rostro de una hermosura sin par, sus amorosas miradas.

Esther quedóse con la paloma y prosiguió lentamente su camino. Su padre, al darse cuenta de su detención, se detuvo a su vez y la esperaba en el extremo de la calle.

De pronto la paloma escapó de la suave presión de las manos de Esther, y Ben-Hur, bendiciendo la ocasión que le brindaba el placer de prestar un servicio y acercarse

a la primorosa criatura, corrió en pos de la fugitiva alada.

La persecución del príncipe resultaba, ciertamente, cómica, ya que la traviesa paloma, asustada, se escurría entre las piernas de los viandantes, obligando a su perseguidor a molestar a todo el mundo en su afán de darle alcance.

Esther, arrebolada, lamentábase para sí de las peripecias que corría el apuesto desconocido que con tan buena voluntad se proponía devolverle la paloma; pero, finalmente, no pudo menos de reírse ante los apuros en que él se vió para salirse con su propósito.

Con la paloma en sus manos, Ben-Hur aproximóse a Esther, que no osaba mirarle francamente, impliéndoselo su rubor, y se la entregó con exquisita galantería.

El ave se había herido en un ala, de la que brotaban hilillos de roja sangre. Ambos jóvenes, al darse cuenta de ello, acariciaron, compailecidos, y a un tiempo, a la palomita, estremeciéndose de emoción al rozarse, de improviso, sus manos.

Y cuando Esther hizo además de continuar su camino, Ben-Hur le dijo envolviéndola en cálidas miradas:

—Inquieto quedo por saber si la paloma curará de su herida. Si me lo permitieras, iría a tu casa a averiguarlo.

—Largo se te haría el camino, pues tengo mi residencia en Antioquía —contestó ella gratamente impresionada.

—Corto ha de parecerme, si te vuelvo a ver —añadió el joven príncipe.

Y Esther, perfumándose su alma con el effluvio de un sentimiento desconocido que la embargaba de dicha, fué a reunirse con su padre, que la esperaba sonriente.

Ben-Hur quedó inmóvil contemplando a la encantadora doncella, y al abandonar su observatorio, cuando sus ojos no podían ya divisarla, tropezó con un soldado romano, que le rechazó con brusquedad.

—¿No tienes ojos?—dijo éste.

—Perdón... Fué sin querer...

—Puedes guardar tus excusas, judío. Propio es de tu raza el caminar hacia atrás.

El príncipe se contuvo por verdadero milagro ante aquel insulto, y habiendo reconocido en un grupo de soldados a un antiguo amigo, dijo al que le tratara de tan desconsiderada forma:

—Deseo hablar a Mesala, que es mi amigo.

El soldado miró de arriba abajo a Ben-Hur y llamó al aludido, con ironía:

—¡Mesala!

El así llamado era un arrogante mozo, apuesto y musculado; un verdadero modelo de centurión.

Mesala acudió a la llamada, y el soldado que le llamara añadió:

—Tu antiguo pasado en esta comarca te persigue ¡oh Mesala! Ahí te busca un judío que se dice tu amigo.

—¿Un judío amigo mío?—dijo Mesala.

Y observaba desdeñoso a Ben-Hur, no recordándole.

—¡Mesala, no puedes haberme olvidado!—exclamó el joven prin-

cipe con alegría—. Soy Judá... Judá Ben-Hur. ¿Me recuerdas ahora?

Mesala seguía mirándole con frialdad, pero al fin, como reaccionando, apartó a Ben-Hur de los soldados y lo llevó a alguna distancia de ellos, para que su conversación no fuese sorprendida por nadie.

Sin embargo, Mesala continuaba mirándole con severidad, cual si le censurara el haberle llamado; mas por último se desarrogó su ceño y sonrió a Ben-Hur.

—Sí, te recuerdo, Judá. Afortunadamente, no perdí la memoria...

—¡Qué alegría, Mesala! ¡Y qué cambiado estás! Apenas han transcurrido cinco años desde tu partida y te hallo convertido en un arrogante centurión romano. Ven a mi casa. Mi madre venerada y mi hermana tendrán un sincero contentamiento en verte.

—Mis compañeros pueden necesitarme, Judá...

—Déjalos, Mesala, te lo ruego. El centurión resignóse a obede-

cerle, y apenas llegados a la casa de Hur, el joven príncipe vió a su madre y fué presuroso a besarla y conducirla junto a Mesala, fija su vista en los ojos de ella, para ver la sorpresa que le causaba la inesperada visita del antiguo amigo.

—¿No le reconoces, madre?

—Sí... Este es...

—Es Mesala.

—¿Cuán cambiado has vuelto! ¡Y cuánto tardaste en volver!

—La vida manda en nosotros... y yo no he hecho más que dejarme llevar...

—¿Quieres vivir con nosotros, durante tu permanencia en esta ciudad?

—Agradezco la fineza, pero mis hombres...

—En otro tiempo tenías esta casa como tuya. ¿Por qué no ha de ser igual ahora?

Ben-Hur hacia suyas las palabras de su madre y esperaba impaciente la decisión de Mesala.

En esto hizo su aparición ante ellos una gentil jovencita de candoroso aspecto.

Ben-Hur la vió y haciéndole señal de que se acercara la presentó a Mesala.

—¿Recuerdas a mi hermana Tirzah, con quien jugabas durante nuestra infancia?

Tirzah saludó al centurión con la caricia de sus ojos y la sonrisa de sus labios, y Mesala, ante tanto afecto de los Hur, parecía emocionado, rindiéndose su soberbia.

Madre e hija dejaron solos a Mesala y Ben-Hur, requeridas por urgentes menesteres en otra parte, pero abrigando la esperanza de que el magnífico soldado aceptaría su hospitalidad.

Apenas quedaron a solas los dos amigos, sentáronse en un diván, y llegó hasta ellos una venerable mujer con una bandeja en las manos, para ofrecerles algunas golosinas de su repertorio de repostería.

Ben-Hur dijo a Mesala, a propósito de la recién llegada:

—Esta es Amrah, mi buena aya, que te regalaba en otros tiempos con sus sabrosas confituras...

¿Te acuerdas? Ella también se regocija ahora con tu presencia.

Mesala miró a la anciana con simpatía, y ella le dijo, admirándole ingenuamente:

—No has cambiado en nada, mi señor Mesala. Siempre fuiste arrogante y hermoso.

El halago agradó al centurión y le hizo sonreír.

Amrah ofrecióle su repleta bandeja, pero Mesala rehusó tocar nada... pretextando no tener costumbre de comer fuera de sus horas reglamentarias.

El ama desapareció hacia el interior de la casa, y Ben-Hur ofreció entonces a Mesala una copa de vino generoso, para brindar juntos por su amistad.

El centurión aceptó el vino y bebiólo sin pronunciar palabra.

Ben-Hur, súbitamente entristecido, le habló así:

—Dios ha querido que volviera entre nosotros, para que pueda existir un romano capaz de comprender a mi pueblo.

Mesala replicó con naturalidad:

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

—Roma gobierna a los pueblos que ha sojuzgado, y sólo a ellos toca el tratar de comprender a Roma.

Ben-Hur, desconcertado, miró receloso a Mesala. ¿Era un traidor?

El romano echó de ver el cambio de actitud operado en Ben-Hur, y añadió:

—No era mi deseo ofenderte ¡oh Judá! mas es lo cierto que tu raza insumisa está ante todo obligada a acatar el poder de Roma.

El desencanto de Ben-Hur alcanzó el límite máximo.

—Errada estaba Amrah ¡oh Mesala! Sólo en apariencia eres el mismo, pero tu alma ha sido cambiada por el orgullo de Roma.

—¡Bah!...—murmuró Mesala, levantándose.

Dolorido, Ben-Hur gimió:

—Mi dulce amigo de los tiernos años de infancia se ha convertido en un verdadero...

Mesala, volviéndose rápidamente, le atajó:

—¡En un romano! ¿Y cómo

podría ser de otro modo? ¡Un ciudadano de Roma es señor del mundo entero, mientras que ser judío equivale a todo lo contrario!

Ben-Hur, cortado por las hirientes frases de Mesala, humilló la cerviz, avergonzado de haberle considerado aún amigo suyo.

El centurión, interpretando de otro modo el silencio del joven príncipe, asióle por los brazos, y le dijo persuasivo:

—Judá, olvida tu nacimiento israelita y ve a Roma a educarte en su aristocrática civilización.

—¡Oh, no puedo olvidar mi origen! ¡Yo nací y moriré hebreo! ¿Puedes tú acaso olvidar tu soberbio nacimiento romano?

Mesala, herido en su amor propio, rechazó bruscamente a Ben-Hur, quien no ocultó tampoco su indignación.

—Otros conquistadores tuvo Israel antes de que existiera Roma, pero Dios quiso que sobreviviera a ellos. Roma caerá un día en el olvido, pero el pueblo de Israel

perdurará siempre—agregó Ben-Hur enérgicamente.

—¡Iluso!—replicó, despectivo, Mesala.

Y el centurión hizo además de dar por terminada aquella disputa... y también su visita.

Ben-Hur, de bondad lleno, intentó la reconciliación:

—Mesala, tú fuiste para mí como un hermano. Demos al olvido estas diferencias.

En aquel momento oyéronse estridentes toques de cornetas, y

Mesala, irguiéndose en su orgullo, contestó al príncipe, secamente:

—El procurador Valerio Grato acaba de llegar a las puertas de Jerusalén y debo partir. Procura en adelante refrenar tu lengua, para que no descubra el odio que alberga en tu pecho, aun en presencia de personas amigas.

El trono de la amistad se derrumbaba estrepitosamente.

¡Romanos y judíos se odiaban a muerte!

FATALIDAD

La madre de Ben-Hur reunióse con su hijo y le halló en un estado de postración alarmante.

—¿Qué ha ocurrido, hijo mío? Me pareció que Mesala sería bueno contigo, pero ahora veo que anduve equivocada. Mesala es un romano más, ¿verdad?

—Sí, madre mía... La actitud de Mesala me ha hecho comprender el desprecio que Roma siente por nuestra raza.

—Es una injusticia, pero día llegará en que brille la luz de la verdad.

—Solo el Redentor anunciado por los profetas puede salvarnos de la asfixiante opresión de Roma. ¡Si fuera cierto cuanto me has hablado de ese Infante de Bethe-

lem!... ¡Ah! ¡Si él nos llamase a la lucha, con qué ardor combatiría por nuestro viejo pueblo!

En la calle promovía gran algarazara el gentío que esperaba la aparición del nuevo tirano, escudado por millares de soldados.

Ben-Hur y los suyos subieron a la terraza de su palacio y desde la misma contemplaron a la muchedumbre ávida de ver a Valerio Grato, no precisamente para dedicarle lisonjas, en su fuero interno...

Y de súbito, hollando las grises piedras que conocieron el esplendor de Salomón, el Rey Poeta, y bajo los ancestrales muros que entendieron la predicación de los profetas de la Ley, transcurrieron

los negros jinetes de Nubia, legiones célticas de Bretaña, montañeses indomables de Helvecia y tracios de las orillas del Mar Negro.

Férreos e implacables en su soberbia, desfilaban entre un hervidero de odios mal encubiertos.

¡Ah, si osaran gritar los judíos! Pero no era posible.

Cuando Grato apareció ante el pueblo, se hicieron a propósito de él los más variados comentarios, muy *ingratos* todos, por cierto.

—Que la maldición de Jehová caiga sobre ti y sobre todos tus descendientes, oh Grato!—exclamó un rebelde recalcitrante.

Un muchacho montado en un burro, dijo a su vez, sonriente:

—Dé también mi buen servidor Bombo su saludo de bienvenida a su hermano Valerio Grato.

Y el burro movió repetidamente la cabeza, como si en efecto se alegrase de ver a su... pariente en el trono que llevaban a hombros varios fornidos esclavos y que ocupaban el nuevo tirano y una linda y tolerante acompañante.

De pronto Ben-Hur vio a su

amigo de la infancia, y dijo a su madre, con cierta irreprimible pena:

—He ahí a Mesala. ¡Ni el mismo César podría aventajarle en arrogancia!

Para verle mejor, en el momento en que Valerio Grato pasaba debajo de la terraza de la casa, Ben-Hur se apoyó en la pared de la misma, y sin saber cómo pudo suceder, una gruesa piedra se separó de su cuadro y fue a caer a la calle, precisamente sobre el trono, alcanzando en la cabeza al nuevo esbirro.

El golpe derribó a Grato, al que con toda urgencia se prestaron numerosos auxilios, rodeando el trono un piquete de soldados.

Los judíos, ante aquel castigo providencial, se enardecieron, y oyéronse gritos subversivos.

—La mano del Señor se ha dejado sentir. ¡Abajo el poder romano!

Pero para Mesala no había Providencia que valiera, sino una venganza de Ben-Hur, en aquel accidente.

Sin meditar su acción, acusó al que fuera casi un hermano en su niñez.

—El ha sido. Yo le he visto arrojar la piedra.

Ben-Hur y los suyos, aterrados, desaparecieron de la terraza, y su espanto fué mayor al ver presentarse ante ellos a Mesala al frente de un puñado de centuriones, y oírle decir:

—Prended a ese hombre.

Ben-Hur le suplicó angustiosamente piedad:

—No, no, Mesala; eso no es cierto. Tú sabes bien que tus palabras no son veraces.

Pero Mesala no le hacía caso, blindado su corazón contra todo sentimentalismo.

La madre y Tirzah suplicaron, por su lado, a Mesala, y como vieran que no había palabras para lograr convencer al insensible soldado, opusieron feroz resistencia a los hombres que pretendían llevarse preso al joven príncipe.

Iracundo, Mesala dictó una nueva sentencia:

—Prended también a las mujeres.

Y Tirzah y la madre fueron detenidas sin contemplaciones.

Ben-Hur, desgarrado por el dolor, se arrojó casi a las plantas del falso amigo y sollozó:

—En nombre de la madre que te dió el ser, Mesala, imploro tu piedad para ellas. Haz recaer en mí sólo el peso de tu odio, si es que te sientes capaz de tanta traición.

Estériles lamentos; inútil todo. Mesala era inflexible.

Ben-Hur fué atado y sacado fuera estrechamente vigilado.

A las dos inocentes mujeres se las llevaron, también perfectamente custodiadas.

De nuevo Ben-Hur dirigió miradas suplicantes al orgulloso centurión, que le contemplaba cínicamente desde su caballo...

Pero Mesala mantuvo fríamente su orden de detención.

Entonces Ben-Hur, elevando su vista al cielo, murmuró:

—En la hora de tu venganza ¡oh Señor! permite que sea esta

mano mía la que cumpla tu designio.

Y así empezó su nueva vida de amarguras sin cuento...

Cruzando las arenas calcinadas del desierto, una triste caravana se dirigía hacia la costa.

Estaba formada por los desdichados que habían sido condenados a consumir el resto de su vida en las galeras de Roma.

El suplicio que sufrían era inmensamente salvaje. Mejor hubiera sido matarlos que atarlos a una existencia sangrienta, de bestias continuamente fustigadas y privadas del menor descanso, alimento y bebida, aparte de los que sus guías tenían a bien concederles.

Entre los futuros galeotes estaba Ben-Hur, en cuyo cuerpo y rostro los más atroces sufrimientos habían dejado hondas huellas.

Junto a la ruta de Nazareth se hallaba emplazado un humilde taller de carpintero.

El carpintero tenía un hijo, que le ayudaba en su trabajo.

Los galeotes pudieron tomar un ligero descanso junto a la carpintería, mientras sus guardianes deteníanse a beber agua de una fuente inmediata a aquélla.

Ben-Hur, muriéndose de sed, arrojóse como enloquecido repentinamente hacia la taza de la fuente, para refrescar sus labios reseco en el bendito líquido.

Los guardianes, feroces y gozándose en el padecer de los condenados, le apartaron de allí a empujones, y Ben-Hur cayó al suelo, llorando de desesperación.

—¡Dadme de beber! ¡Por piedad!... ¡Me ahogo!

Los guardianes fingieron compadecerse de él, y le brindaron un cazo lleno de agua; pero cuando Ben-Hur iba a hundir su boca en el recipiente, se lo apartaron, acompañando su gesto con grandes risotadas, y tiraron el agua al suelo, humedeciendo un reducido espacio de tierra seca...

Ben-Hur miró con odio sin límite a sus verdugos, y mientras de sus ojos brotaban lágrimas de fuego frotaba sus labios contra el

suelo sobre la parte regada, para sentir el frescor del agua cuando menos, ya que no le era dable paladearla como néctar divino.

Mas en aquel momento, y sin que nadie se diera cuenta de ello, una mano—mano de amor, de ternura, de paz—ofreció al caído un cazo colmado de agua hasta los bordes.

Este milagro se realizó cuando él acababa de lamentarse a su Dios de su desventura.

—El castigo sobrepasa ya a mis fuerzas. ¿Señor, Dios de Israel, no tendrías piedad de vuestro vasallo?—había murmurado, vencido.

Saciada su sed, el infeliz miró a su salvador y balbució, extrañado:

—¿Bendito seas oh tú que has

fortalecido mi ánimo con tu piedad!

Y así, por vez primera se encontraron en el largo camino de la vida el príncipe de Judá y el Hijo de Maria.

La mano de Roma dejó también sentir su peso sobre el esclavo Simónides.

Sometido a terribles torturas, querían obligarle a hablar.

—¡Di, perro! ¿Dónde ocultas los tesoros de la casa de Hur? ¿Por vida de los dioses que Grato ha de arrancártelos aunque tenga para ello que quebrantarte los huesos!

Pero Simónides había jurado fidelidad hasta la muerte a la casa de Hur, y antes moriría que faltar a su juramento.

AL CAER LAS CADENAS...

Algunos años después, el nombre de Hur había caído en el olvido.

Las legiones de Roma saqueaban los poblados.

Sus naves orgullosas surcaban el Mediterráneo.

Pero pese a su majestuosa guardia, cada una de aquellas naves albergaba en sus entrañas la desesperada sordidez de un infierno.

Los galeotes remaban sin más descanso que el preciso para comer.

A los que flaqueaban, se les reanimaba a latigazos.

Aquel día, que debía ser memorable para todos, Ben-Hur estuvo a punto de rebelarse sin importar-

le la vida, al ver cómo trataban a un compañero. Otro no pudo menos de gritarle a uno de los cancheros:

—¡Hienas humanas, estáis azotando a un cadáver!

En efecto, el galeote objeto del bárbaro castigo había muerto y pretendían que desde el más allá siguiera cumpliendo su ruda obligación.

El tribuno Quinto Arrio, navarca de la flota, apareció en aquellos momentos, inspeccionando a los galeotes.

Uno de estos desgraciados gimió, presa del mayor desaliento:

—¡Oh dioses benignos! Apladad de mí y poned fin con la muerte a mis miserias.

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

—¡Cobarde!—le gritó Ben-Hur—. ¡Mientras vivan tus enemigos debes vivir para la venganza!

Arrio, sorprendido al oír aquellas palabras de aliento de Hur, acercóse a éste y examinándole detenidamente, le dijo:

—Por Baco que me sorprende el encontrar a un galeote que ame la vida. ¿Cuánto tiempo llevas en el remo?

Despectivo, Ben-Hur respondió:

—Por tu calendario, tres años... Por el mío ¡tres siglos!

—¿Qué ha podido alentarte para vivir este tiempo?

—¡La esperanza de vengarme!

—En verdad que hablas con la arrogancia de un romano.

—¡Pero soy judío, de la tribu de Israel!

Alejóse Arrio, para volver a cubierta, y un grito del vigía se clavó en sus oídos como una amenaza de muerte.

—¡Naves piratas a la vista!

Los soldados otearon el horizonte, y resonó este lúgubre comentario:

—Nos doblan en número.

Diéronse con la urgencia que requería el caso severísimas órdenes.

—¡Despejad las cubiertas! ¡Que cada cual ocupe su puesto de combate! ¡Poned el grillete a los esclavos!

Esta orden cruel alejaba para los remeros toda esperanza de salvación.

Ben-Hur, que había creído por un momento que podría huir, cayó en profundo desaliento; no esperando ya más que la muerte.

Pero Arrio vió que iban a ponerle a Hur el grillete, y ordenó:

—Dejad suelto a ese hombre.

Las naves a la vista eran mandadas por Gothar "El Terrible", quien no había rehusado jamás el enfrentarse con los romanos.

El combate se decidió rápidamente.

Dejándose llevar de su instinto criminal, Gothar ató a popa a un romano apresado en Roma, para aplastarlo contra la nave romana que iba a abordar.

Y las veloces embarcaciones griegas hundieron en los costados

de la poderosa trirreme romana sus terribles espolones, hiriendo de muerte a la nave.

El abordaje fué terrible, apocalíptico.

Los romanos peleaban denodadamente, mas todo su esfuerzo era vano porque por cada pirata que sucumbía acudían dos a reemplazarle.

Además, los piratas habían desparramado sobre cubierta unos centenares de serpientes, para que les ayudasen a aniquilar romanos...

Ben-Hur, armado de un hacha, haría pagar cara su vida.

De súbito resonó un grito:

—¡Muera Arrio!

Lo había lanzado Gothar agitando la cabeza de un romano traspasada por su espada.

Varios piratas iban a caer sobre el navarca, pero Ben-Hur, acudiendo presto, le salvó la vida.

.....

Después de dos días enervantes luchando con la muerte, solos Arrio y Hur en la inmensidad del

mar, flotando sobre una armadía, exclamó Ben-Hur señalando una majestuosa nave:

—Son romanos. ¡Tus dioses te han salvado!

Arrio rehusó mirar hacia la salvación, y dijo, avergonzado:

—He sido derrotado y debí perecer con mi nave. Jamás regresaré a Roma vencido y deshonrado.

Estaba decidido a quitarse la vida. Y despidiéndose de Ben-Hur, dándole prueba una vez más de la simpatía que desde el primer momento él le había inspirado.

—Toma este anillo. El te permitirá—le dijo—heredar mi fortuna. Yo voy a buscar mi honra y la paz junto a mi nave.

Pero Ben-Hur se opuso a los propósitos del navarca, y sujetándole con todas sus fuerzas, replicó:

—Te debo la vida y no puedo dejar que mueras ante mis propios ojos.

Un poco después, Arrio era izado a bordo de la nave romana

divisada por Ben-Hur; y éste, que quedó olvidado en la armadilla, trepó por unas cuerdas a cubierta, deteniéndose un momento en su ascensión, al ver a los remeros de la embarcación, reflejada en sus rostros sin vida la más terrible desesperación.

Arrio fué reconocido al punto y objeto de gran consideración por los jefes de aquella nave, cuyo primero le dijo, en tono admirativo:

—Gracias a las órdenes que nos diste obtuvimos una completa victoria sobre los griegos. Jamás las naves de Roma obtuvieron mayor gloria.

¡Oh! Tan inesperada noticia devolvía el derecho a la existencia

a Arrio. El había sido vencido, pero gracias a sus indicaciones otras naves lograron dominar al enemigo.

Ben-Hur, apoyado en la borda de la nave, esperaba, a pocos pasos de Arrio, que decidieran su suerte.

—¿Qué quieres que hagamos con este galeote?—le preguntaron a aquél.

Arrio miró a Ben-Hur, le estrechó entre sus brazos, y repuso:

—Es un valiente a quien debo la vida y al que ofrezco mi protección. Debeis, pues, considerarle como a mí mismo.

Y al volver a mirar a Ben-Hur, Arrio vió cómo unas lágrimas de gratitud escapaban de sus ojos.

VIVIR PARA VENGARSE

Transcurrido algún tiempo Ben-Hur, hijo adoptivo del diunvico Arrio, endurecido por el rudo trabajo de los galeotes, era aclamado en el circo como ídolo del pueblo romano.

Su juventud, su gallardía, cautivaban a aquel pueblo que admiraba la belleza. El recuerdo de su gloriosa aventura hacía más simpática su figura de luchador. Y en las tardes de carrera en la pista del circo, bajo la luz abrasadora y azul, los corazones de la multitud palpitaban por el héroe que tenía la verdadera sencillez de la gloria.

Conductor de su esbelto carro que arrastraban cuatro caballos del desierto, avanzaba rápidamen-

te, dejando pronto atrás a los mejores carreristas de la tierra. Nadie podía contra él y la victoria le sonreía siempre con una fidelidad de amante.

Las mujeres, las bellas romanas, cuyas almas palpitaban en adoración hacia el héroe, le enviaban la mejor de sus sonrisas, la promesa cariñosa de su corazón. Pero esos entusiasmos ardientes no lograban alegrar el espíritu melancólico de aquel favorito de la diosa Fortuna.

El pueblo le aplaudía, inconsciente del secreto pesar que roía el corazón de Ben-Hur ante la inutilidad de sus esfuerzos para encontrar a la madre y a la hermana que llevaba perdidas.

Esta era la pena que iba arrastrando las fibras sensibles de su espiritualidad. ¿Qué habría sido de aquellas dos mujeres tan amadas? ¿Dónde estaba su madre, la santa mujer que moldeó su alma, plasmando en ella los ideales arrogantes de la fe, del honor, de la caballerosidad? ¿Dónde se hallaba la hermanita buena que puso en el viejo hogar de los Ben-Hur un hálito de juventud y de vida?

¡Ah! El pueblo de Roma, desconocedor de las luchas íntimas de aquel amigo de los dioses, le creía feliz... Y al presentarse, lo mismo en el circo que en la calle, o al asomarse a la terraza de su palacio, la muchedumbre le saludaba con el brazo extendido, aclamándole como a un rey. Y Ben-Hur tenía que sonreír a ese homenaje, porque ese es el gran dolor de todos los vencedores: jamás tienen derecho a la melancolía.

Un día en que Ben-Hur había llegado a su casa, después de haber obtenido un gran triunfo en las carreras de cuadrigas, recibió la visita de un patricio, de un emi-

sario del César, fuerte y enérgico como la roca.

Arrio, que se sentía orgulloso de las hazañas de su hijo adoptivo, salió al encuentro del enviado del Emperador. Pero Ben-Hur, que rehuía la gloria, se apartó discretamente de ellos yendo a otra sala a ocultar la melancolía de su espíritu.

—Noble Arrio—dijo el representante del César—. El Emperador envía este presente a tu hijo por las últimas victorias obtenidas con su carro.

Y puso en sus manos una hermosa corona de laurel que el viejo marino tomó emocionado.

—Dedíle al César el reconocimiento de mi hijo y el mío...

El noble se despidió de Arrio y éste, sonriendo y llevando en las manos la corona, se dirigió al atrio donde se encontraba su hijo.

—¡Ben-Hur, hijo mío!... Roma es siempre Roma y jamás olvida a sus servidores. Mira este regalo del César.

Tomó Ben-Hur en sus manos aquella corona y sonrió con tris-

teza. Pensaba en la inutilidad de esas glorias terrenales mientras su corazón estuviera agitado por la angustia.

—Padre—le dijo con lentitud—, perdona de nuevo a tu hijo si te abandona. Pero han llegado a mí noticias que cierto poderoso negociante de Antioquia no es otro que Simónides, el mayordomo de la casa de Hur.

El viejo Arrio suspiró conociendo la historia dolorosa del pasado del joven.

—Comprendo tu impaciencia, hijo mío, para averiguar lo que fué de tu familia, pero tú no debes abandonar Roma. Puedes enviar un comisionado para realizar esas pesquisas.

—Padre, no puedo encargár a nadie de esta comisión; ardo en impaciencia de hablar con ese hombre.

El viejo le contempló con emoción, midiendo con sus ojos aquella figura esbelta y fina del que consideraba su hijo. Y no queriendo quitarle la esperanza de conocer noticias de los suyos, le dijo,

acariciando uno de sus hombros:

—Bien sabes que nada sabría negarte. Ve, si tal es tu deseo, y que los dioses te sean propicios.

—¡Padre mío!

Y besó aquella mano curtida del marino que había conocido el fragor de las terribles luchas en el más hermoso de los mares.

Y aquella misma tarde, Ben-Hur, el héroe popular, marchó hacia Antioquia, jinete en un caballo de noble raza, con ansias de volar, de llegar cuanto antes a la lejana y dulce tierra.

Y mientras tanto, allá en la ciudad de Jerusalén, la vida proseguía con un ansia noble de esperanza.

Bajo la ciudad, bajo el apiñamiento de casas blancas y grises de la tierra escogida, se extendía un pavoroso laberinto de mazmorras.

En el interior de aquellas cárceles inhumanas, verdaderas jaulas, donde el sol no era más que un recuerdo, gemían miles de desdichados, aherrrojados para siempre en una eterna noche.

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Había en ellas, efectivamente, criminales, pero había también almas puras, corazones heridos por la fuerza bárbara de la injusticia. Y esas víctimas de los tiranuelos de Roma, sabían que no tenían remedio en su infortunio, ya que sólo la muerte podía librarlas de la tiranía.

No todos tenían perdidada la esperanza: en muchos corazones anidaba el supremo consuelo de que vendría una religión de amor y libertad...

Dos cautivas yacían olvidadas por sus carceleros en el más horrible estado de depauperación.

Eran la madre y la hermana de Ben-Hur, prisioneras de por vida en aquellos antros oscuros. Vestidas con ropajes negros parecían habitantes de una tierra jamás besada por la caricia de la luz. Cuatro paredes que rezumaban humedad y un camastro eran la vivienda y el ajuar de aquellas inocentes. Un pedazo de pan y un vaso de agua constituían su único alimento.

Y mientras las pobres mujeres,

cuyo único ensueño era aquel Ben-Hur que habría tal vez muerto en las galeras de Roma, veían transcurrir los días sin variación, afuera la vida de Jerusalén tenía la indiferencia tranquila de la costumbre.

El pueblo de Israel lo había perdido todo, excepto la esperanza. Y una mañana de hermoso sol, en la piscina de Siloe unas mujeres narraban los hechos maravillosos de un iluminado.

Hablaban con la embriaguez de la fe de unas palabras que proclamaban el imperio augusto de la bondad y de la justicia. Recordaban y comentaban la figura del Apóstol, su voz dulce y persuasiva, su cabeza noble aureolada por el halo de la santidad.

Era un Dios, el anunciado por los profetas, el mismo cuyo nacimiento se anunció con la aparición de la estrella milagrosa.

Pero otras mujeres, más incrédulas y enemigas de las predicaciones, manifestaban su escepticismo.

—Ese Nazareno no es el rey de Israel anunciado por los pro-

jetas. Es un narrador de parábolas inocentes.

—El es el Mesías prometido, el que fundará una nueva humanidad—contestaba otra mujer, alma sencilla en cuyo corazón la fe se modelaba como sobre cera.

—¿Dónde se hallan sus ejércitos? Y ¿cómo podrá ahuyentar con sus palabras y sus rezos a las crueles legiones del Imperio?

—El no ha venido a traer la guerra a su pueblo, sino el amor para todos y el consuelo para los afligidos. Yo mismo le he oído decir...

Y con palabra temblorosa y emocionada la mujer explicó haber visto predicar aquella doctrina sublime contenida en el Sermón de la Montaña.

—Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados!—decía Jesús.

Y los que le escuchaban, viejos, mujeres y niños, conocían que se iba formando un mundo nuevo al aliento de la divina voz y que por fin clareaba la aurora infinita de la justicia.

El viejo, el niño y la mujer se sentían fuertes. Conocían que el poder de Roma desaparecería y que aquel humilde nazareno iba sembrando sus palabras sobre un campo de eternidad.

—Yo lo he oído—decía la pobre mujer—, yo lo he visto. Es verdaderamente Dios. Por su boca habla la verdad, y su fuerza es el amor. ¿Para qué ha de menester ejército?

Las otras detractoras callaron y siguieron lavando ropa en la piscina de Siloe...

Unos días después, llegaba Ben-Hur en su peregrinación desde Roma a Antioquía.

En Antioquía, la metrópoli oriental, cuya grandeza y esplendor albergaba idéntica corrupción que Roma, se organizaban también juegos atléticos en competencia con la capital del Imperio.

Aquel pueblo, como el romano, amaba la emoción de las carreras, el entusiasmo frenético de la lucha...

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

En las afueras de la ciudad había establecido su campamento el jeque Ilderim, conocido en todo Oriente por la excelencia de sus nobles caballos de carreras.

Iba a tener lugar en breve una sensacional carrera de cuadrigas y los aurigas de Ilderim se entrenaban para la competición.

Ilderim se impacientaba viendo la actuación del conductor de su cuadriga. El hombre se movía lentamente no logrando dominar a los caballos que piafaban impacientes.

Furioso, el propietario exclamó, dirigiéndose a un grupo de amigos:

—Ese auriga parece hecho para apacentar cabras, no para dominar caballos.

Comenzó la carrera de entrenamiento. El auriga lanzó sus caballos a todo galope y las nobles fieras encabritadas corrían a una velocidad mortal, sin que su conductor acertara a dominar su fiereza.

Las bestias iban desbocadas y el auriga hacía esfuerzos desesperados tirando de sus riendas para

detenerlas y mantenerse en pie en su carro.

Su tesón fué inútil; incapaz de sujetar sus bestias, cayó de pronto de su carro haciendo una voltereta fantástica y partiéndose la cabeza.

Los caballos, libres de la presión de las riendas que parecían todavía azuzarles, se detuvieron en seco.

Aquel entrenamiento había costado la vida de un hombre...

Ilderim se agitó furioso:

—¡Que Alá me confunda! ¡Sólo a ese imbécil podía ocurrírsele abrirse la cabeza en vísperas de carreras!

Y quedó comentando su mala estrella, buscando desesperadamente un remedio para que su cuadriga pudiera tomar parte en la emocionante lid.

En el corazón de la ciudad, un hombre cuyo cuerpo fué quebrantado por los crueles martirios de Roma, habitaba indiferente a toda suerte de juegos de circo. Era un hombre a quien la suerte ayudó



Se arremolinaba en la puerta de Jafa un río humano...



...y la claridad de Dios los cercó de resplandor...



—Tus tesoros tendrán en Simónides un guardador fiel.



Ben-Hur, el
joven príncipe
de Judá.



La actitud de Mesala me ha hecho comprender el desprecio que Roma siente por nuestra raza.

Férreos e implacables en su soberbia...

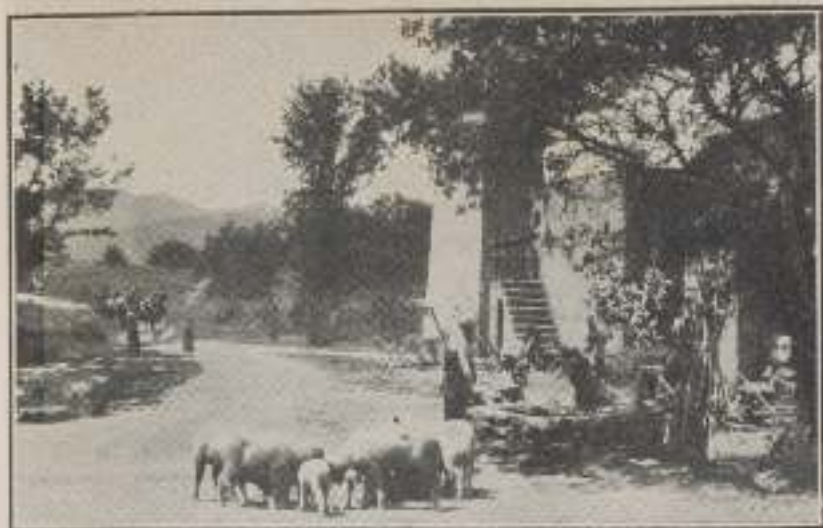




El golpe derribó a Grato...



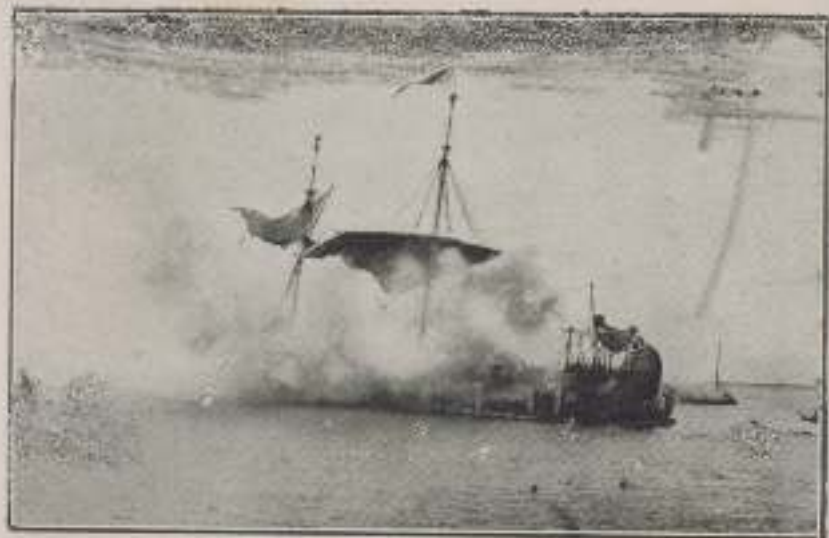
Pero Mesala
mantuvo firmemente su ór-
den de detención.



Junto a la ruta de Nazareth se hallaba emplazado un humilde taller de carpintero.



— Nos doblan en número.



...hiriendo de muerte a la nave.



- ¡Muera Arriot!



—Son romanos, ¡Tus dioses te han salvado!



Dos cautivas yacían olvidadas por sus carceleros...



Aíras, la egipcia...



—¡Y yo también soy tu esclava!

en las más audaces empresas y que gozaba fama de poderoso y avaro.

Se llamaba Simónides y era el antiguo esclavo de la familia Ben-Hur. Sin noticia alguna de esta familia, acabó por creerlos muertos a todos y comenzó a vivir con el lujo que le permitía la fortuna de los desaparecidos, confiada a su administración.

Estaba muy envejecido. Los sufrimientos, los cruentos dolores de aquella tortura a que le sometieron y en la que se negó, a pesar del refinado suplicio, a confesar el sitio donde estaba escondido el tesoro, habían minado dolorosamente su organismo.

Puesto en libertad, había vivido olvidado en Antioquía en compañía de su hija Esther.

Cierta mañana se presentó un hombre joven en la casa de Simónides. Se hizo anunciar al viejo esclavo de su familia diciendo a uno de los libertos:

—Deseo hablar a Simónides, vuestro amo. Soy Atrio, el joven, de Roma.

Bajo ese nombre ocultaba el

suvo verdadero de Ben-Hur. El valeroso y arrogante triunfador estaba impaciente, esperando el instante de hablar con Simónides. ¿Sabría aquel hombre algo de la familia de Hur? ¿Conocería el paradero de las desdichadas mujeres que habían desaparecido el día fatal en que se desprendió una piedra del balcón de su palacio?

Nervioso, con una viva inquietud que no podía disimular, entró en una bella galería que iluminaba la matinal luz. Una mujer estaba sentada en la balaustrada. Era rubia y joven y sus manos de lirio acariciaban una paloma.

Al ver llegar al desconocido, ella se volvió y sus ojos de suave azul expresaron la maravilla de su contento.

Acababa de reconocer en aquel muchacho al joven que un día en las calles de Jerusalén le recogió y entregó aquella asustada y esquiva paloma.

Sus ojos tuvieron una expresión de caricia y su corazón palpitó con el júbilo de ver otra vez a aquel muchacho encantador.

Ben-Hur se acercó a la joven, e inclinándose ante ella, le dijo, sonriente:

—Te pido perdón por lo brusco de mi entrada. Pero estoy esperando a Simónides.

—Mi padre no se hará esperar... Aguárdate un instante.

Y lo contempló con dulce emoción, con una sonrisa en los labios, como si esperase que él la reconociese.

La mirada de la joven, tan pura y serena, pareció despertar dormidos recuerdos en Ben-Hur.

La envolvió en una larga mirada y la dijo, atormentado por la duda:

—Creo haber visto tu rostro antes de ahora, mas no recuerdo dónde...

Y pasó su mano por la frente como si buscara el rumbo perdido de su idea.

Esther sonrió, y con voz que tenía un dejo de reproche, dijo:

—El haberte olvidado de mí, me hace sospechar que no debió importarte gran cosa mi conocimiento.

—Tu rostro quedó grabado en mí, y no podré olvidarlo—contestó él contemplando con admiración a aquella linda mujer—. Sólo el lugar y la ocasión en que te vi han podido escapar a mi memoria.

¡Ah, había sufrido tanto durante aquellos años! ¿Cómo iba a recordar el lugar donde había visto a aquella hermosa mujer?

Ella bajó la cabeza con una suave desilusión...

Apareció uno de los servidores de Simónides y dijo a Ben-Hur:

—Señor, mi amo os aguarda.

Ben-Hur sonrió a la bella Esther y se encaminó hacia una estancia contigua.

Vió a un hombre envejecido, con el rostro cortado por los alfilerazos del sufrimiento.

Simónides contempló a ese envidio de Arrio.

Serenamente Ben-Hur comenzó a hablar:

—Ha llegado a mis oídos la nueva de que tú eres Simónides, el antiguo intendente de la casa de Hur...

El hebreo se estremeció; palpi-

taron las aletas de su nariz, contráilas por el esfuerzo. Miró de pies a cabeza a aquel desconocido que alzaba ante él el espectro del pasado.

Bather había entrado en la sala y manteníase de pie detrás de su padre, escuchando con interés el diálogo. ¿Qué objeto había podido traer allí a aquel lejano admirador?

Severamente, Simónides contestó a Hur:

—¿Y qué puede a ti importarte eso? ¿Con qué título vienes a interrogarme?

—Yo soy el príncipe Judá Ben-Hur—dijo el joven, alzando su varonil cabeza.

Ese nombre hizo estremecer al anciano, que, con gesto escéptico, contestó:

—¿Ignoras que Judá Ben-Hur murió en galeras, y que con él se extinguió la ilustre casa de ese nombre?

—¿Qué quieres decir? ¡Habla, por favor! ¿Qué ha sido de mi madre y de mi hermana Tirzah?—gritó el joven, sintiendo que iba

a rasgarse el velo misterioso de la desaparición de aquellas mujeres.

—Las mujeres de la casa de Hur murieron ya... Varios años de inútiles pesquisas me han convencido de ello.

Y quedó inmóvil, los ojos fijos en la emoción del recuerdo.

Ben-Hur alzó las manos al cielo con desesperación.

—¡Oh! ¡Por el Dios de nuestra raza, eso no puede ser cierto!—gimió—. Si lo que te importa es guardar nuestras riquezas, guárdalas en buena hora, pero no quieras arrebatar-me la esperanza...

—La familia de Hur ya no es de este mundo...—contestó implacable el esclavo.

—Yo soy Ben-Hur. ¡Créeme, Simónides... por Dios!—seguió suplicando con amargura aquel guerrero que jamás había temblado ante la muerte y ahora suplicaba con un gemido de niño.

—¡Ben-Hur murió en galeras!—repitió Simónides.

—¡Yo soy Ben-Hur!—
Y se movía como un león en-

jaulado que siente estrellarse su fuerza contra el poder de la fatalidad.

Esther le contemplaba suavemente y su corazón femenino, pronto dado a la dulzura del amor, se inclinaba a la fe.

¡Oh, aquel muchacho no podía mentir; sus ojos resplandecían con las luces ardientes de la verdad!

Ben-Hur, viendo que era inútil luchar contra la indiferencia del esclavo, hizo ademán de partir, pero Esther le dijo, dejándose guiar por la voz de su corazón:

—Toma... en recuerdo mío... Este brazalete era de mi madre. Ella misma lo puso en mi brazo, como prueba de la ternura que me tuvo.

Ben-Hur contempló aquella pulsera y acariciando con la mirada a la dulce muchacha, repuso, llenándosele su corazón de ella:

—Gracias... Lo usaré siempre y yo no te olvidaré nunca... Tú me crees, ¿verdad, amiga?—murmuró él con dulce satisfacción.

—Sí... te creo—respondió.

De pronto entró bruscamente

en la estancia, Ilderim, el jeque propietario de las renombradas cuadras de caballos.

La presencia de aquel hombre pareció desconcertar a los actores de aquella interesante escena que desearían que nadie les interrumpiera en su conversación.

Ilderim, dirigiéndose a Simónides, le dijo:

—¿Podrías informarme ¿oh Simónides amigo! del paradero del joven Arrio, que llegó esta mañana en una de tus naves?

—Pluguérase al cielo que todos tus deseos fuesen de tan fácil logro como ése, pues ahí le tienes—contestó Simónides.

Y señaló al joven Arrio que se mantenía erguido, habiendo recobrado ante un desconocido la fuerza prestigiosa de su personalidad.

—Nunca habéis hablado mejor—dijo Ilderim. Y dirigiéndose a Ben-Hur, le dijo:

—Arrio, hasta mi ha llegado la fama de tu habilidad en las carreras. ¿Quieres guiar mañana mi cuadriga en el circo de Antioquia?

Ben-Hur contestó negativamente.

te. ¿Qué le importaban a él entonces las carreras? Lo que deseaba era quedarse a solas de nuevo con el esclavo para hacerse reconocer por él.

Ilderim insistió porque veía en el joven Arrio la única esperanza para intervenir en las carreras.

—No te niegues a complacer al jeque Ilderim—dijo—. Cuanto de mí solicites te será concedido de antemano.

—Es inútil que insistas. Vine a Antioquía para negocios más graves.

—Convéncele tú, amigo mío—siguió diciendo Ilderim, dirigiéndose a Simónides—. De lo contrario el orgulloso Mesala me humillará ante todo Oriente.

—¿Mesala, dijiste?—gritó Ben-Hur con repentina exaltación.

Y al conjuro de aquel nombre sus ojos relampaguearon, todo su cuerpo se movió agitado por un odio repentino.

—¿Por Jehová que he de guiar tu cuadruga!—exclamó.

El nombre del orgulloso romano había dado a sus venas la sed

dormida de la venganza. Volvió a revivir el día fatal en que Mesala le detuvo, y sintió otra vez el aliento poderoso de una reparación.

¡El miserable! Por él Ben-Hur había sufrido terribles horas de fatalidad y persecución. Por él habían muerto su madre y hermana.

—¡Por Júpiter!—dijo Ilderim, admirado—. Tu ardimiento da esperanzas a mi corazón.

—Sí... sí... lucharé. ¿Y no como Arrio, el joven, ganoso de gloria, sino como un judío anónimo sediento de venganza!

—¿Magnífico! Ven, pues, conmigo, que el tiempo apremia y es fuerza que aprendas a conocer a mis corceles.

Simónides y su hija contemplaban admirados el súbito valor de ese guerrero que iba a revivir sus días de gloria.

Esther le miraba con cariñosa solicitud y prefería verle así, arrogante, como desafiando a la tierra, que en la triste humildad de unos momentos antes. Las enamoradas siempre quisieran ver en el señor de sus pensamientos al hé-

roe que se eleva ufano y gallardo hacia el sol.

Ben-Hur se dispuso a partir. Saludó al antiguo esclavo de su familia y luego, mirando tiernamente a Esther y besándole la mano, le dijo:

—Gracias te doy por la fe que has puesto en mí...

Ella sonrió y le vió alejarse en compañía de Ilderim...

Desahba ardientemente la victoria de ese muchacho que iba a desahar la muerte en las carreras de cuadrigas...

Luego, cuando aquellos hubieron salido, Esther le dijo a su padre, con una exaltación en que había algo más que un relativo interés:

—¿Como es posible, padre, que dudes de la sinceridad de ese joven? El debe ser realmente Ben-Hur... ¿Por qué no le has creído?

Simónides la miró, pareció recoger en sus ojos el choque de ideas que bullía en su cerebro, y respondió melancólico:

—No he dudado una sola palabra de cuanto me ha dicho.

—Pues, entonces, padre mío, ¿por qué no le atendiste?

El viejo bajó la cabeza, pareció dudar y luego, suspirando, repuso:

—Father, hija mía, he de confesarte un horrible secreto... Durante muchos años hemos vivido salvaguardados por una piadosa mentira. Yo no soy más que un esclavo de la familia Hur.

—¿Es posible?

—¿Desgraciadamente, es cierto, hija mía!...

Esther rompió a llorar desconsoladamente y abrazó a su padre.

Simónides y su hija permanecieron un momento unidos, en estrecho abrazo, confundiendo sus lágrimas.

—¡Y yo que te creía libre!— murmuró con asombro la juvenil criatura.

—Por lo que a mí hace poco me importaría confesar mi condición. Pero esta revelación entrañaría tu propia esclavitud. ¿Comprendes ahora por qué he negado?

—Es terrible esto— dijo Esther—. Y entonces, nuestra riqueza no nos pertenece...

—Vivimos del tesoro de los Hur, confiado a mi custodia, hija mía... Yo pensé que todos los miembros de esa familia habían muerto...

Hablaba con voz débil, estaba francamente vencido como un muñeco sin voluntad...

No era únicamente el dolor de verse reducido a la esclavitud, que en casa de los Hur fue siempre suave y tranquila, lo que rompía los resortes de su espíritu: era el pensar en la tristeza irreparable de su hija al verse de súbito arrancada de la existencia amable de la libertad...

¡Todo su esfuerzo, todo su cuidado para que Esther no sospechara nunca su condición de hombre sin albedrío, roto en un instante por su confesión!

Miró a su hija con lágrimas en los ojos, como pidiéndole perdón por haberle ocultado siempre aquella vergonzosa esclavitud.

Ella callaba, los ojos lagrimeantes fijos en un punto lejano... En su alma la consideración de

que ya no era libre le causaba inmenso dolor.

¡Nada tenían, pues, suyo! ¡Ni el palacio, ni las vestiduras, ni las joyas! Todo pertenecía a Ben-Hur, aquel joven de porte atlético que iba a luchar al día siguiente en la carrera del circo.

—En su mano está—agregó su padre—el elegir entre seguir siendo la opulenta heredera de Simónides o la esclava de Ben-Hur...

Calló la joven, atormentada por íntimas luchas.

—¿Qué hacer?—se dijo—. ¡Tener que dejarlo todo!

Y en su alma comenzó a debatirse la duda... Por una parte comprendía que era preciso poner en las manos de Ben-Hur todo el tesoro de sus mayores, mas por otra parte le parecía imposible tener que renunciar, no únicamente a las comodidades de la riqueza, sino a la libertad, al libre albedrío, que era, es y será, el mejor tesoro de los humanos.

Y en su almita dulce y juvenil, la incertidumbre ponía huellas dolorosas de fuego...

CHOQUE DE ODIOS

En el barrio romano, a la orilla opuesta del río, se alojaba Mesala, cuya arrogancia no había perdido nada con el tiempo.

El antiguo centurión, favorecido también muchas veces por el triunfo en las carreras, esperaba ansioso el próximo día, que había de presenciar una de sus más emocionantes exhibiciones.

Se hallaba conversando con varios amigos de Roma, fuertes e indomables guerreros que no conocieron nunca el acibar de la derrota...

Favoritos de los dioses, la victoria les amaba como una mujer.

Un soldado acercóse a Mesala y le dijo en voz baja:

—Señor, Airas, la egipcia, te aguarda.

Sonrió Mesala y levantándose dijo a sus amigos:

—Me voy precisado a abandonaros. Un soldado se debe siempre a la mayor gloria de Roma.

Y salió, yendo hacia otra estancia al encuentro de una hermosa mujer.

La sala era suntuosa; y Airas, sentada en un diván, sobre almohadones de vivo color, sonrió al guerrero romano.

Era Airas una mujer de belleza peligrosa, una de esas almas donde se forja la tentación.

El la conocía de antiguo... Sabía la influencia que en Antioquía

resía esa cortesana, cuyos labios al abrirse mostraban una oleada de nácar...

—Aíras—le dijo él, endulzando la voz ante la mujer influyente y mimosa—, si fueras tan amable como bella, te mostrarías propicia a prestarme un señalado triunfo...

—Mi corazón está como un ave prisionera en tus manos, Mesala... ¿Que más puedes pedir de mí?

—Mi dulce flor del Nilo, preciso averiguar el nombre del ari-ga del jeque Ilderim, que pretendo arrebatarme la gloria de la carrera.

—Confía en mí, Mesala.

Y le dio a besar su mano y luego sus labios...

Al caer el día, el jeque Ilderim se dispuso a recibir a su huésped...

Ben-Hur, el joven Arrio, le había anunciado su visita a fin de conocer los corceles que debía guiar...

El judío llegó al ponerse el sol... Venía satisfecho, jovial, con un ansia interior de venganza.

—Ciertamente, eres afortunado —le dijo Ilderim, sonriente.

—¿Por qué?

—Hasta la propia Aíras, que todos codician, se ha sentido atraída por tu gallardía...

Y le señaló a la hermosa egipcia que se encontraba cerca de él deseando conocer su nombre.

Ben-Hur sonrió ante la presencia de aquella mujer de ojos negros y acariciadores.

Luego se encaminó con ella e Ilderim al comedor, situado en una de las tiendas de su campamento.

Aíras se sentó a su lado, pretendiendo seducirle con el agrado de su conversación, y, sobre todo, con la fuerza magnética de su belleza...

¿Sus ojos que habían rendido tantos corazones, no iban a conseguir una nueva victoria?

Mientras comían, fueron conducidos ante ellos los cuatro caballos que él debía guiar al día siguiente. Eran hermosos animales de piel blanca, que piafaban añorando la libertad de la carrera...

Los contemplaron con orgullo y Aíras, sonriendo, dijo a Ben-Hur:

—Esos corceles del desierto a

quienes el viento envidiaria, serán en tus manos dóciles instrumentos para rendir a la victoria...

—Mañana has de ver a Mesala ahogarse en la polvareda que levantarán sus cascos—contestó el guerrero con firme convicción.

—¿Podría aventurar una pregunta? ¿Por qué te escondes en el anónimo? ¿Temas quizás a alguien?

—A nadie, amiga mía, pero me conviene mantener mi incógnito hasta haber triunfado.

—¡Y vencerás! ¿Qué duda cabe!

Ilderim se levantó satisfecho y se dirigió hacia uno de sus hombres de confianza.

—Samballat—le dijo—, necesito que llegues a los romanos y azuces con tus pulas su soberbia. Es mi deseo aceptar todas las apuestas que quieran cruzar contra mi cuadriga, por cuantiosas que sean.

—Haré lo que desees—contestó Samballat.

Los dos hombres salieron del comedor y prosiguieron hablando de la cuantía de las apuestas.

Mientras, solos en el comedor,

la hermosa Airas procuraba sacar partido de su belleza.

Acercándose a Ben-Hur le dijo, contemplándole con un interés amoroso:

—Tentada estoy de creer que eres el mismo Apolo hecho mortal. ¿No me será dado conocer por fin tu nombre?

Y sus labios se entreabrieron como prometiendo el regalo de sus besos si él accedía a confesar.

Por un instante Ben-Hur se sintió turbado ante los halagos de aquella sílde de ojos negros, encantadora sirena para distraer la atención de los humanos.

Le cogió las manos, acercó sus labios a los de ella, aspirando ya el perfume fragante de aquella boca, pero se apartó repentinamente como si temiera su contacto.

—¿Cómo te llamas?—insistió ella.

—¡No... no... imposible! ¡Es mi secreto! ¡Déjame, mujer!

Y quiso alejarse de ella, temeroso de aquella mirada que parecía brindar amor.

Una sonrisa de ira se dibujó en

los labios de la egipcia, viendo fracasado su plan.

—Si te muestras mañana tan torpe en la carrera como ahora en el amor, poco habrá de hacer Mesala para vencerte—dijo.

Volvió junto a ellos el jeque Ilderim y la comida transcurrió silenciosa.

Uno de los hombres de Ilderim entró en la estancia y anunció:

—Simónides, el mercader.

Ilderim se levantó e inmediatamente penetró en la sala el viejo esclavo de los Hur, acompañado de su hija.

Ben contempló con extrañeza a ese mercader que se había negado a reconocerle. Y la egipcia, retirándose discretamente, iba a salir de allí cuando unas palabras del recién llegado la hicieron detenerse tras las cortinas del fondo, sonriendo a la oportunidad que le brindaba el destino.

Simónides, señalando al joven Hur, dijo a Ilderim, con muestras de profundo respeto:

—Tu huésped es mi señor, el príncipe de Hur, y he llegado has-

ta aquí para restituirle mi fortuna y mi libertad que sólo a él pertenecen.

Una vivísima alegría invadió el semblante del noble mozo. Cuando ya perdía las esperanzas de recobrar nunca su verdadero nombre, algo misterioso había tocado el corazón del esclavo.

Contempló a Simónides y miró luego a su hija que tenía en los ojos la actitud resignada del sacrificio.

Airas, oculta tras los grandes cortinajes, sentíase feliz. ¡Había averiguado el nombre del adversario de Mesala! Esto le valdría una nueva influencia cerca de los destinos del romano. Pensó en los regalos que caerían como premio a su triunfo, y su corazón de mujer sonrió a esa gloria casual.

Ben-Hur dijo emocionado al esclavo:

—Yo no pude pensar de ti otra cosa. Supe siempre que eras fiel a mi familia y que no podía encontrar en ti un desengaño. ¡Gracias, Simónides, muchas gracias!

Ilderim callaba admirado de

haber conocido ya el importante nombre del carreterista.

Simónides, señalando a su hija, dijo a Ben-Hur:

—No debes mostrarme tu agradecimiento, pues este paso lo he dado instigado por mi hija Esther.

El sonrió, admirando a la dulce criatura a quien adoraba. ¿Cómo agradecerle el que hubiera sido ella, la que ya le ayudara con sus palabras de consuelo, la que le ofreciera como prenda de estimación y recuerdo un brazalete, la que había realizado aquel paso estimable de la rehabilitación de su nombre?

—Muchas gracias, amigos míos —murmuró emocionado.

—Todo es tuyo—agregó Simónides—. He aquí el inventario de tus riquezas que hacen de ti el hombre más opulento de la tierra.

Y le entregó un pergamino en que constaba el título de propiedad de las inmensas tierras de los Hur.

Este sonrió, repentinamente feliz por aquella rehabilitación de su nombre.

Simónides siguió diciendo:

—Esclavo fui de tu padre, príncipe, y tuyo seguiré siéndolo mientras viva.

Y abriendo su capa talar mostró el sayal de la esclavitud.

¡Pobre Simónides! Tenía el gesto del hombre que todo lo ha perdido: la libertad, la fortuna, las más hermosas cosas de la existencia.

Esther, la bella virgen de los ojos de gacela, la ungida por las mieles de la hermosura, se adelantó a su vez y despojándose también de su rica vestidura de mujer libre y poderosa, mostró bajo ella el traje áspero que denotaba el carácter de esclavo.

—¡Y yo también soy tu esclava!—dijo la doncella.

—No... no... ¡Vosotros sois libres! ¡Yo quiero que seáis iguales a mí!

Y sus manos tenían aladas movimientos en el espacio como si no se atrevieran a acariciar a aquella divina mujer que rendía el orgullo de su vivir ante su antiguo señor.

Mientras tanto, la egipcia Ai-

ras había marchado. Sabía ya bastante, conocía todos los datos precisos para que Mesala pudiera conocer a su rival.

—Vosotros no seréis nunca mis esclavos— seguía diciendo Ben-Hur—. Seréis libres como yo mismo... y nadie atentará nunca contra vuestra voluntad.

Hablaba sinceramente y sus pensamientos volaban muy lejos, pensando en que su dicha sería completa si vivieran su madre y su hermana.

Era preciso luchar... Viviría ahora para la venganza... y luego, cuando hubiese dado a su corazón el ansia infinita de justicia que la llenaba, tal vez aun la existencia podría sonreírle de nuevo...

Porque amaba con toda la ingenuidad del hombre que adora por primera vez a una mujer, a aquella Esther que tenía delante y que reñía ante él su libertad, presentándose como la más pobre de las esclavas.

—Ya hablaremos, pues, de todo esto—dijo a sus amigos—. Ahora es preciso prepararnos para las carreras... Después, decidiremos el destino de todos...

Y sonrió a Simónides y su hija que no podían expresar con palabras el sentimiento de su gratitud hacia aquel amo generoso.

Y el jeque Hiderim miraba a todos emocionado, orgulloso de la estirpe gloriosa del conductor de su cuadriga.

* * *

Airas corrió a comunicar la noticia a Mesala. Este, que se encontraba en su campamento cenando en compañía de varios amigos y preconizando todos el triunfo del romano, salió al encuentro de la bella egipcia.

—He podido descifrar el enigma de ese judío—explicó alegremente la mujer—. Es el príncipe de Hur y muestra una gran confianza en su triunfo.

Mesala quedó inmóvil, aterrorizado por la sorpresa. Pero pronto se rehizo:

—Ese auriga tiene por fuerza que ser un impostor. Judá Ben-Hur hace años que pereció...

—En casa de Ilderim le consideran ya todos como príncipe.

—¡El miserable!... Pero... yo te recompensaré a ti, Airas. Tú has averiguado algo que me conviene... ¿Querrás una nueva joya?

—Todo lo que mi señor me dé me será grato...

—Pues no he de quedar corto en recompensarte...

Besó la mano de la egipcia y se alejó lentamente, preocupado por dolorosa meditación.

¡Ben-Hur, Ben-Hur! ¿Era posible? ¿Aquel petro judío se interpondría en su marcha triunfal? Si era así, le aplastaría como un sapo.

LA CARRERA

Al día siguiente despertó la ciudad de Antioquía, segura de que iba a vivir uno de los días más interesantes de su existencia.

¡Carreras de cuadrigas! ¡La máxima emoción!

El circo bullía como un horno de almas... Se masaba el ambiente de la lucha, del poder formidable que tiene la rivalidad del combate... Y en tanto que la plebe acudía en tropel a las graderías del circo para mejor situarse, algunos opulentos ciudadanos concertaban sus últimas apuestas.

En una de las dependencias del inmenso anfiteatro, Mesala recibía la visita de Samballat, el emisario de Hderim, que le propuso:

—Concédeme, noble Mesala,

una ventaja en tu apuesta: seis a uno: la justa proporción entre un judío y un romano.

Y le mostraba el libro donde se apuntaban las cantidades apostadas a favor de los favoritos.

Mesala se echó a reír y respondió con desprecio:

—Por Plutón que habría de ser tan rico como Creso o tan necio como tú, para comprometer diez mil monedas de oro en una apuesta.

El otro insistió para que el romano expusiera su fortuna al resultado de la carrera, pero, enfurecido, asqueado por tener que tratar con judíos, Mesala le rechazó brutalmente.

—Parece ser que no andas muy

seguro de tu triunfo, cuando te niegas a acceder a mi proposición...—dijo Samballat.

—¡Ah, perro! ¿Qué te has pensado?

Y le agarró por el cuello y allí mismo le hubiera hecho crujir los huesos entre sus férreas manos si no hubiese aparecido un hombre y les separara librando al enviado de liderim de las iras furiosas del luchador.

Quien entraba era Ben-Hur, que había escuchado la negativa rotunda de su enemigo.

Al verle, Mesala le reconoció inmediatamente como al judío a quien él había hecho detener en Jerusalén.

¿Cómo estaba allí? ¿No había muerto en galeras?

Como no creía en aparecidos, le contempló con repugnancia, deseando darle inmediata muerte. ¿Y aquel hebreo se atrevía a combatir con él en la carrera de cuadrigas! ¡Maldito perro!

Ben-Hur, sonriente y altivo, procurando ocultar el odio que sentía hacia el responsable de sus

desdichas, le dijo, poniendo en sus palabras un desprecio profundo:

—El "judío desconocido" tiene esa suma de que hablabas hace poco, y la apuesta sin ventaja alguna.

—¡Miserable galante! —rugió Mesala—. ¡Por Júpiter que he de hacerte morder el polvo ante todo Antioquía!

Ben-Hur sonreía... Tenía que reprimir sus ímpetus, pues se hubiera lanzado contra Mesala y allí mismo le habría dado muerte.

Pero... no... no... Era mejor esperar... y vencerle como los bravos a la luz del sol y ante todo el pueblo.

Mesala quería humillar a su enemigo, rebajándole ante los otros romanos que asistían a la entrevista, gente que se creía superior al resto del mundo y miraba con profundo desprecio a la raza conquistada.

—¿Habéis visto jamás a un judío que ose conducir una cuadriga ante gentes romanas?—dijo.

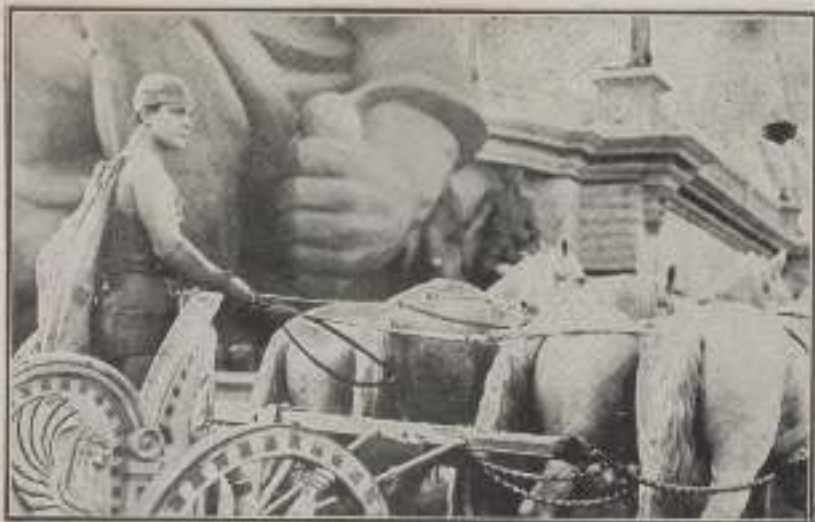
Y señaló burlonamente a Ben-Hur.



—Concédenme, noble Mesala, una ventaja en tu apuesta: seis a uno...



En la tribuna consular se hallaba Grato...



Ben-Hur esperaba, seguro de su triunfo, el comienzo de la lucha.



Messala no estaba menos convencido de su triunfo que su rival.



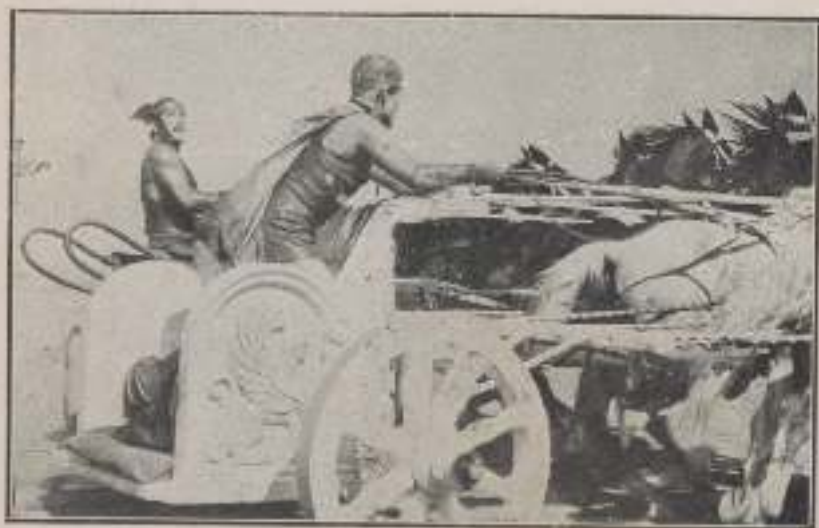
Empezó la carrera, llevando notable ventaja a todos el atlético Mesala.



Los caballos blancos de la cuadriga de Ben-Hur volaban como furias sueltas...



Los virajes eran emocionantes.



¿Por cuál de los encarnizados enemigos se decidiría la victoria?



— ¡Hoy mismo saldré de Antioquia para reunir los soldados de su causa!



...y todos contemplaron cómo huía veloz en brioso corcel, cual en alas del viento...



—¿Madre mía, dónde estas?



—Calla, hija mía. No podemos acercarnos a él...



A lo largo de la trágica y dolorosa vía...



— Señor, apiádate de nosotras que creemos en Ti.

— ¡Madre mía!
¡Mi pobrecita
madre!



Y vieron, con inmenso dolor, como el Rey del mundo caminaba hacia el Calvario.

—¡Huso!— siguió diciendo el romano—. ¡Voy a deshacer tu cuadriga; te haré rodar por el polvo y mis caballos han de pisotear tu inmundo cadáver!

Ben-Hur no contestó a la injuria; no le dejaron; y esperaba con ansiedad el momento en que comenzaría la carrera... ¡Ah, cómo deseaba aplastar a aquel cínico!

—Te ofrezco una apuesta de cincuenta mil sestericios de oro, si es que asciende a tanto tu fortuna—propúsole.

—¡No!

—Por lo visto olvidas que tú eres un ciudadano de Roma, mientras que yo no soy más que un judío... y que por lo tanto, debo perder.

—¡Ah, maldito! ¡Acepto!

Ben-Hur firmó la apuesta concertada y lo mismo hizo el romano, que exclamó después, impetuosamente:

—¡Vil esclavo! ¡Que las furias te acojan en su seno!

—¡Lucharemos hasta morir!

—¡Galeote!

Los dos hombres parecieron ir

a agredirse, saciar ya en aquel instantáneo odio feroz que los devoraba, pero las largas trompetas anunciaron a los cuatro vientos que iba a comenzar la carrera.

—¡Ah, por fin!—ragió Mesala—. ¡Despidete de la vida, miserable!

—¡Sólo uno de nosotros ha de salir con vida del circo!—repuso Ben-Hur.

Y salió arrogante de la estancia para dirigirse con Ilderim hacia su cuadriga.

Mesala corrió, ávido de muerte, a su hermoso carro de combate.

El pueblo de Antioquía había acudido en tropel al circo, ansioso de asistir al grandioso espectáculo de la carrera.

Las arenas ardientes bullían al sol... y el circo era un inmenso lienzo de todos los colores... Ascendían de esa multitud enloquecida por la maravillosa emoción de los torneos, cálidas palabras de entusiasmo, gritos de admiración para los favoritos de la carrera.

La plebe agradecía con sus aplausos aquel espectáculo gratuí-

to. ¿Qué le importaban a ella la tiranía, la dominación de los grandes, el hambre y la injusticia, si de vez en cuando podía disfrutar de aquella borrachera de gloria de la carrera?

En la tribuna consular se hallaba Grato, rodeado de los romanos conspicuos...

Valerio Grato, con una sonrisa orgullosa, paseaba su mirada por las gradas donde rugía, loca de entusiasmo, la multitud... y sonreía tranquilo. No era fácil que ninguna de aquellas gentes agradecidas se levantara en son de rebelión.

Simónides con su hija Esther y el jeque Ilderim ocupaba una de las tribunas reservadas.

Ben-Hur no había querido aceptar el sacrificio de la esclavitud de los dos primeros y les obligó a trocar las miserables ropas que habían vestido por trajes espléndidos a la usanza de los poderosos.

La egipcia Airas se encontraba en otra tribuna... Tenía la seguri-

dad del absoluto triunfo del romano y sonreía a su gloria.

Iba a dar comienzo la maravillosa carrera cuya fama se esparcía por el mundo. Las trompetas sonaban, los clarines de guerra lanzaban al espacio los relámpagos de su voz.

Comenzaron a aparecer las cuadrigas que debían tomar parte en la formidable competición.

Airas, la egipcia de arrebatadora belleza, envolvió en una mirada de odio a Esther, la hebrea que, había ella adivinado, mandaba en el corazón de Ben-Hur.

Los caballos de los carros rugían, presintiendo con fino instinto la proximidad de la lucha. Los nobles animales parecían estar contagiados del entusiasmo de los aurigas.

Ben-Hur esperaba, seguro de su triunfo, el comienzo de la lucha. Los cuatro corceles blancos de su carro se encabritaban y rugían como ecos de guerra.

Mesala no estaba menos convencido de su triunfo que su rival.

Subió al carro, sostuvo entre sus

manos las riendas de sus negros caballos, y contempló a Ben-Hur, con una ironía sangrienta.

Las miradas de los dos hombres se sostuvieron un instante, fijas, clavadas, como estiletes que pretendieran herir...

La gran masa esparcida por las graderías del circo, rugía de contento. Movíase como un mar alborotado; se agitaba acentuada por una violenta tensión.

Iba a comenzar la lucha. Las cuadrigas se alineaban prontas a partir, dispuestas a todo para obtener la victoria.

Casi una docena de carros iban a disputarse el campeonato de la gloria. Pero la lucha parecía que iba a ser directamente entre Mesala y Ben-Hur.

Las banderas se inclinaron señalando el momento de la competición...

Todos los ojos fueron siguiendo el avance de las cuadrigas, en su arrollador empuje...

Empezó la carrera, llevando notable ventaja a todos el atlético Mesala. Su carro de guerra

se destacó pronto de todos los demás, adelantando a sus contrarios con un anhelo poderoso de pisar la meta en primer lugar.

Los caballos blancos del de Ben-Hur volaban como furias sueltas, pretendiendo dar alcance a su principal enemigo.

Entre una expectación enorme la masa ingente veía desfilar ante ella los carros arrastrados por los nobles caballos de guerra, en cuyas piernas parecían nacer las alas de la velocidad.

La tierra trepidaba: nubes de arena eran lanzadas por el violento frote de las ruedas; sobre la inmensa pista iba desgranando el sol su eterno tesoro de luz...

Los virajes eran emocionantes; los carros se inclinaban al dar la vuelta, como desafiando sus condiciones de estabilidad, pero volvían a recobrar pronto su firmeza sobre el suelo amarillo.

¿Por cuál de los encarnizados enemigos se decidiría el combate?

Mesala avanzaba aún, pero pronto vio colocarse a su nivel la cuadriga que guiaba un auriga

griego. Y muy cerca, los caballos blancos de Ben-Hur se estiraban pretendiendo situarse junto a su enemigo.

Ben-Hur acuciaba a los corceles con un deseo frenético de triunfar. El circo, con un rugido de emoción, desaparecía a la vista del bravo mozo para no ver más que la cuadriga de Mesala en su empuje escalofriante.

Mesala comprendía que iba acortándose la distancia, que los caballos de su contrario alcanzarían o superarían a los suyos, y su indignación estallaba, con el temor de que se le escapase la victoria.

—¡No ganarás, maldito, no ganarás!—se decía.

Y sus riendas tiraban con furia de las bestias pretendiendo tal vez infiltrar en ellas el mismo odio que le consumía.

Era preciso vencer; la muerte era preferible a la derrota.

Seguía cerrando el paso a su adversario, impidiéndole que éste encontrara un hueco donde poder avanzar con su cuadriga poderosa.

Vió al carro que conducía el auriga griego, junto a él, y pretendió embestirlo por su flanco.

El griego esquivó el peligro, pero Mesala le seguía constantemente, con un deseo de derribarle. Pensaba, en su loca exaltación, en su violento estado de ánimo, que podía lanzar la cuadriga griega contra la de Ben-Hur...

Eran minutos de emoción, intensos y vibrantes. Los corazones no osaban respirar; se mascaba en el aire un aliento de muerte.

La cuadriga de Mesala rozó en uno de sus virajes las ruedas del carro griego, queriendo hundir su armazón.

El auriga, que había aparecido desorientado al principio ante aquella persistencia en embestirle, comprendió finalmente la intención y rugió:

—¡Ah, perro romano, tratas de engañarme!

Mesala sonrió con gesto infernal.

—Tú lo has dicho, griego, necesito hacer volcar tu cuadriga

para hacer trizas el maldito judío que te sigue.

Y prosiguió en su afán mientras Ben-Hur no lograba todavía alcanzar el mismo nivel de su enemigo.

Mas de pronto, en una de las violentas embestidas, la cuadriga de Mesala derribó la del griego; y auriga, caballos y carro fueron a volar por los aires, confundidos en aterradora visión.

Un grito de emoción se escapó de todos los pechos, y Mesala siguió avanzando, riendo con carcajadas de sarcasmo.

Cayó a tierra la cuadriga del griego: entre las patas de las cuatro bestias enloquecidas de espanto, se vió debatirse al hijo de la noble Grecia...

Inmediatamente detrás, saltando a una velocidad mortal, llegaba el carro de Ben-Hur.

Su cuadriga encontró aquel obstáculo ante su paso: las ruinas del carro griego que obstruían su camino.

Fue un momento de angustia. Era imposible desviar a un lado

su cuadriga e iba a estrellarse contra la del griego... Ben-Hur no vaciló; acució más y más a las nobles bestias, y los cuatro caballos saltaron sobre el informe montón de ruinas del vencido.

Libre ya de aquel estorbo que Mesala había querido poner ante él, lanzó el carro de nuevo en persecución del romano.

No tardó en alcanzarle. Pronto se encontraron ambos en igual línea, y los ocho caballos tenían el mismo ritmo al avanzar.

Mesala le contempló con desesperación. ¡Ah, perro! ¿Es que no iba a dejarle fuera de combate?

Blandió su látigo con furia contra Ben-Hur y le azotó despiadadamente el rostro, cayendo varias veces sobre el judío aquel trallazo implacable.

Ben-Hur, sufriendo un dolor indescriptible, se mantuvo en su puesto, sin dejar de sus manos las riendas, apretando los dientes con desesperación, sintiendo que la sangre iba borbotando de su rostro.

—¡Perro maldito!—rugía Mesala.

Y lanzaba de nuevo el látigo contra el rostro del joven, marcando con él sangrientas y rojas huellas.

Ben-Hur tuvo serenidad sufi-

ciente para mantenerse en pie a pesar del dolor de sus heridas. Y en enérgico ademán logró arrancar el látigo de las manos de su enemigo, librándose del azote castigador...

* * *

Y la lucha seguía... Las otras cuadrigas habían quedado muy atrás...

Únicamente las de Mesala y Ben-Hur iban en busca del primer puesto, con inminencia de alcanzarlo.

Y de pronto, una de las ruedas se desprendió del carro de Mesala; ladeóse el carro, los caballos se encabritaron y Mesala fué despedido violentamente de su puesto, lanzado a los aires y cayendo entre los corceles derribados por la violencia del golpe.

Otro ¡ay!, éste lleno de una angusta emoción, estremeció a la multitud. Mesala era el vencedor de cien combates, el auriga favorito, que nunca había experimentado la derrota. Y ahora al verle caer entre las ruedas de su carro volcado y de sus caballos panza arriba, comprendieron que estaba perdido.

Las otras cuadrigas llegaban ciegas por el vértigo de la carrera, y algunas fueron a estrellarse contra la de Mesala que impedía el paso, y la catástrofe adquirió

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

entonces proporciones abrumadoras.

Chocaron unos carros con otros; los caballos cayeron junto a las otras bestias que lanzaban gemidos de dolor, y los aurigas retor-

cian con desesperación sus cuerpos atravesados por las astillas...

Mesala, herido gravemente, sufría el doble suplicio de su dolor y de su derrota...

Pronto el pueblo olvidó a los caídos para fijar su atención en el héroe que alcanzaba la meta, triunfador.

Y mientras algunos soldados recogían el cuerpo ensangrentado de Mesala y de los otros heridos, la multitud rugía de entusiasmo, aclamando a Ben-Hur que había llegado con su cuadriga en primer lugar.

¡El judío, resplandeciente de gloria, había vencido! ¡Era el ganador de las carreras! Y el gran

pueblo rompía sus manos en ovación interminable.

¡Para el vencedor los laureles y los halagos! Ben-Hur fué a inclinarse ante la tribuna de Grato y luego saludó, emocionado, las inmensas graderías del circo. Buscaba con los ojos para sonreírle, a la dulce Esther.

Cayó desde las tribunas una lluvia de hojas de laurel; y las manos seguían aplaudiendo y los labios se abrían gritando con entusiasmo:

—¡Gloria al vencedor!

Ben-Hur en la tienda de campaña del jeque Ilderim recibía las felicitaciones de éste y de sus amigos...

También Simónides y Esther habían acudido—¿cómo no?—a felicitarle por el grandioso triunfo.

El escuchaba con cierta melancolía ese homenaje; únicamente las palabras de Esther le produjeron una sensación de felicidad.

Ilderim quiso entregarle varios sacos de oro, producto de apuestas ganadas; pero el joven hebreo desdénó aquel caudal.

—Salud a ti, Ben-Hur—le decía el jeque—que has podido hu-

millar al arrogante Mesala, haciéndole morder el polvo y perder toda su fortuna.

—Cumplida está mi venganza, mas ¿de qué ha de valerme? ¿Podré acaso revivir a mi madre y a mi hermana Tirzah con mi triunfo? ¿Podré siquiera romper con mi fortuna el duro yugo con que Roma esclaviza a mi pueblo?

Le escuchaban en silencio sintiéndose todos contagiados de su tristeza. Esther le contemplaba con dulzura. ¡Glorioso vencedor! ¡Oh, ella sentía como propia la victoria del judío y también la pena de su corazón!

—¿Qué aliciente, qué objeto puede tener para mí la vida?— siguió diciendo el judío.

Un venerable anciano avanzó hacia ellos y dijo con grandes muestras de júbilo:

—¡Albricias, Ilderim! Está próxima a sonar la hora de la caída de Roma, y tú tienes que presenciar su grandiosa abatida.

—¡Cúmplase la profecía del Gran Mago de Egipto, y loado sea el Señor si yo he de presenciarlo!

Las palabras del viejo habían impresionado grandemente a Ben-Hur y a los otros amigos de Ilderim.

El emisario prosiguió:

—Traigo nuevas de gran importancia, Ilderim... El Niño Rey de Bethelém, cuya estrella seguí en otro tiempo, ha llegado a la edad viril y es el Rey de Israel anunciado por los profetas.

—¡Loado sea Jehová que por fin nos envía al Rey que ha de libertar a mi pueblo! — exclamó Ben-Hur con juvenil entusiasmo.

—Su misión no se reduce a Is-

rael. Es el Rey del Mundo que ha de quebrantar todas las cadenas de la humanidad. No podemos perder un solo instante. Es fuerza que lleguen a él, cuanto antes, todos sus partidarios.

—¡Todos mis bienes, mi vida misma por su causa!—gritó Ben-Hur—. Hoy mismo saldré de Antioquia para reunir los soldados de su doctrina.

Se dispuso a marchar; en su corazón palpitaba el deseo de ir en busca del que debía llevar la libertad al mundo.

Dirigiéndose a Simónides, le dijo:

—Oye bien, Simónides: todo mi peculio debe ser destinado a combatir por el Rey de nuestro pueblo.

La esperanza palpitaba de nuevo en el alma de todos. Veían en la lontananza una nueva vida de paz y de amor.

Luego Ben-Hur, acercándose a la dulce Esther, le acarició uno de sus rizos de oro y le dijo con voz emocionada:

—Mi alma queda prendida de ti ¡oh mi amada Esther! pero sólo después de nuestro triunfo volveré a buscar en ti mi más legítima victoria...

Ella, delicada, fraguante, le respondió:

—¡Yo te aguardaré, mi señor Judá, mientras aliente en mí la vida!

Ben-Hur se había arrodillado ante ella, parecía implorar su bendición...

Las miradas de los jóvenes se encontraron; ella movió sus ma-

nos como bendiciendo al héroe que iba a partir.

Vaciló, y Ben-Hur, levantándose, con un gesto de repentina audacia le estrechó en sus brazos.

—¡Adiós, mi Esther amada! ¡Hasta pronto!

Y dejando aún aturdida a la pudorosa doncella, subió a su caballo y abandonó a galope el campamento... Esther le siguió con una mirada de amor y todos contemplaron como huía veloz en brioso corcel, cual en alas del viento... *

Jesús iba sembrando la hermosa doctrina del amor...

Viendo a un grupo de gente, que arrojaba piedras contra una desdichada mujer adúltera caída en el camino, el Nazareno, alzando su noble mano, dijo:

—Aquel de entre vosotros que esté limpio de pecado, que tire la primera piedra.

Y ante aquellas palabras, cuantos perseguían a la triste pecadora se retiraron. Su conciencia les acusaba de crímenes tal vez superiores.

Ben-Hur reclutó su primera legión entre los humildes pescadores del mar galileo...

Y la segunda legión procedía

del desierto de Arabia donde dominaba Ilderim...

Llenos de ardiente fe estaban todos dispuestos a combatir por la causa de Cristo...

Un domingo, sabedor el pueblo de Israel de que llegaba Jesús, salió en masa a aguardar su entrada triunfal.

La ciudad ingrata que unos días después debía crucificarle, le recibió con palmas y laureles.

La gente se postraba al paso del Redentor... que iba montado en un borriquillo.

¡Domingo de Ramos! ¡Nadie hubiera dicho que pronto iba a ensombrecer el cielo azul la tragedia del Gólgota!

Un nuevo gobernador, Poncio Pilatos, había substituido a Grato en la Judea, y su primera disposición fué la liberación de cuantos presos fueron condenados injustamente por su predecesor...

Las cárceles se abrieron y muchos infelices que ya habían perdido la esperanza de ver nunca más el sol, sintieron la alegría de verse libres.

Unos soldados que procedían al desocupo de las cárceles, abrieron la pesada puerta de la prisión de la madre y la hermana de Ben-Hur.

Las dos mujeres, al salir de las mazmorras, como viesan que algu-

nos soldados pretendían acercarse a ellas, les gritaron:

—¡Somos impuras! ¡Somos impuras!

Retrocedieron, atemorizados, los libertadores, esquivando el contagio de las desdichadas mujeres...

—¡Son leprosas!

Y estas palabras tenían la virtud de apartar a todo el gentío del contacto de las apestadas.

Las dos mujeres habían adquirido aquella repulsiva enfermedad, que condenaba a sus víctimas al aislamiento.

Un centurión las ordenó:

—¡Antes de amanecer debéis

hallaros fuera de las murallas de la ciudad en el valle de los leprosos!

Ellas, envolviéndose en sus negros mantos, comenzaron su peregrinación hacia el valle del dolor...

Llegada que fué aquella noche, el Redentor sentóse a la mesa con sus doce discípulos.

Y su palabra se extendió como luz de gloria entre los que debían ser los predicadores de su doctrina.

Un mandamiento nuevo os doy; que os améis unos a otros; como os he amado, que también os améis los unos a los otros. (San Juan, Cap. 13-34.)

AMAMOS LOS UNOS A LOS OTROS

Tras un penoso éxodo, Ben-Hur regresaba nuevamente a la ciudad de sus antepasados.

Al llegar a la puerta de la señorial mansión de sus mayores, dijo al servidor que le acompañara:

—Averigua dónde se encuentra el Salvador, mientras yo me quedo aquí aguardando a Simónides.

Partió el criado, y, lleno de emoción, Ben-Hur contempló el ancho portalón de su morada, entristeciéndole el recuerdo de sus pobres madre y hermana muertas.

Rendido de fatiga y dolor, Ben-Hur tumbóse en un banco de piedra adosado a la pared de su casa y se entregó al sueño para reparar sus fuerzas.

Mientras descansaba, dos mujeres avanzaban, cual sombras, hacia el palacio cerrado desde numerosos años atrás.

Eran la princesa de Hur y Tirzah, de las que todos huían al ver en ellas la sombra de la misma muerte.

Al observar que junto a la casa se hallaba un joven guerrero, acercáronse con temor, y ahogaron un grito de infinita sorpresa.

—¡Mi hijo!

—¡Mi hermano!

Tirzah iba a arrojarle al cuello del durmiente, pero su madre la detuvo.

Ben-Hur, soñando con ellas, musitó en tal momento:

—Madre mía, ¿dónde estás?

¡Qué horrible suplicio tener a su adorado hijo a dos pasos y no poderle besar!

Ni besar ni siquiera presentarse diciéndole que no habían muerto, que al fin se reunían de nuevo y esta vez para siempre.

Tirzah, menos prudente que su madre, intentó alcanzarle a pesar de su anterior prohibición, y la sublime mujer, conteniéndola de nuevo, le dijo:

—Calla, hija mía. No podemos acercarnos a él. Nosotras no somos ya de este mundo.

Algo distanciadas de él, las dos mujeres contemplaban al amado ver que creyeran perdido para siempre.

Pero no podían marcharse de allí, proseguir su incierto camino, sin frotarle sin peligro. Tirzah le besó las plantas de las sandalias y la madre besó la piedra del banco que recibía el vaho de la respiración del fruto de sus entrañas.

Ben-Hur se despertó bruscamente y miró en su derredor.

Le había parecido que alguien estaba a su lado, y al no distin-

guir a nadie—pues su madre y Tirzah ocultáronse en un recodo de la calle—comprendió que estuvo soñando.

Pero acto seguido vió llegar a Simónides con Esther, y necesitando el consuelo de su amada la estrechó contra su corazón, diciéndole:

—¡Estoy solo, amada mía! ¡Sólo tu recuerdo me da fuerzas para perseverar en mi empresa!

La madre y Tirzah se miraron con emoción. Ben-Hur sería feliz con el amor de Esther, la hija de Simónides, y éste, no podía caberle duda, se había portado con toda fidelidad con el joven príncipe. Pero tentada estuvo Tirzah de gritar que no estaba solo su hermano, puesto que las tenía aún a ellas.

El servidor de Hur llegó a presencia de su señor en el momento en que éste iba a traspasar el umbral de su morada, y le comunicó:

—Han aprehendido al Salvador. Las turbas claman contra Él. Sólo las legiones pueden salvarlo del furor de la plebe.

Ben-Hur despidióse de Esther y Simónides, y lanzóse en busca de los partidarios del Señor, para defenderle.

La madre exclamó, ahogando su inmensa pena:

—¡Oh Judá, hijo mío! Por última vez me ha sido dado el verte.

Esther la oyó, y acercándose a ellas, que retrocedían cubriéndose el rostro, pretendió darles alcance y ver quiénes eran.

Tirzah, rechazándola con un gesto que quería ser enérgico, gritó:

—¡Atrás, atrás! No te acerques. ¡Somos leprosas!

Esther, más sorprendida aún, recordando haber oído las dos voces—la de la madre, primero; y la de la hija, después—, exclamó:

—¿Será posible, Dios mío? ¿No

acabo de oír la voz de mi señora Tirzah?

No podían negarse ya a la dulce Esther. Las había reconocido; y, para que no pronunciase más su nombre, a fin de que nadie la oyese y pudieran pasar inadvertidas, la madre le suplicó:

—No te aflijas por nosotras, Esther, y guarda nuestro secreto para evitar a Judá esta tortura.

—Pero, mis señoras...

—¡Hazlo por amor a él!

—¡Oh!

—Aprovechando el desconcierto que su súplica llevó al alma de la gentil Esther, madre e hija desaparecieron como espectros, esquivando el contacto con nadie.

Y cuando Esther reaccionó, ya se hallaban lejos y fuera del alcance de sus miradas.

Y llevaron a Jesús al pretorio, para someterlo al juicio de Poncio Pilatos.

En tanto el populacho se agitaba turbulento en las calles.

—¡Es un falso rey! ¡Un rey sin púrpura ni corona!—decía la muchedumbre, entre la que se hallaban confundidos Simónides y Esther.

Una mujer, desafiando las iras de los demás, dijo a Simónides:

—Yo sé que es el Rey, el Salvador prometido por Jehová. Le he visto con mis propios ojos sanar a los enfermos y resucitar a los muertos.

Esther, que no cesara de pensar en la madre y la hermana de Ben-Hur, preguntó a la creyente:

—¿Crees acaso que podría sanar a cualquiera, sea cual sea su enfermedad?

—A cualquiera, con tal de que tenga fe en Él.

Súbitamente inspirada, Esther desapareció en dirección al valle de los leprosos, y exponiéndose sin temor a contagiarse el terrible mal, buscó entre los contaminados a las dos queridas mujeres.

Estas acababan de llegar, y, asombradas de que Esther las hubiese seguido hasta allí insistieron, horrorizadas, en que no se

acercase y huyese del valle, que tenía todo el aspecto de un mundo perdido.

—Venid conmigo—les dijo Esther.

—¡Vete, desgraciada!

—No; es preciso que vengáis. Sólo el Salvador puede salvaros. Todo Jerusalén se hace lenguas para proclamar sus milagros.

Las infelices la escuchaban con incredulidad, pues su mal era demasiado terrible, pero era tal la persuasión con que les hablaba Esther y también tan grande la confianza con que las trataba, sin reparar en establecer contacto con ellas, que poco a poco fué penetrando en su cerebro la esperanza en el milagro divino.

—¿Tú crees que Él nos curará? ¿Nuestro mal tiene cura?—dijo Tirzah.

—Su poder alcanza hasta a los propios muertos; a quienes ha vuelto a la vida.

Las dos desventuradas ya no vacilaron, guiadas por la fe, y siguieron a Esther hacia donde estaba Él.

Jesús había sido entregado ya a la justicia para que fuese crucificado.

A lo largo de la trágica y dolorosa vía, una multitud curiosa y cruel representaba a todas las razas de la tierra en el gran crimen que iba a realizarse.

A su paso, cargado con la pesada cruz en que sería clavado impiamente, Jesús era apostrofado por la plebe airada.

Los partidarios de su Santa Causa esperaban ansiosamente el socorro pedido para salvarle.

Cuando Jesús estuvo a la altura de Ben-Hur, que aguardara su paso situado en primera fila, el heroico príncipe judío pronunció, como para alentarlo:

—Dos aguerridas legiones se encaminan hacia aquí, Señor, y cada uno de los golpes que recibes, será vengado con creces.

Y he aquí que una voz dulcísima vibró en sus oídos y dijo: "Mi reino no es de este mundo. Guarda tu espada, que no ha venido el Hijo del Hombre a quitar la vida, sino a darla."

Ben-Hur, electrizado, tiró su afilada arma y siguió extasiado, con la mirada, al mártir.

Los judíos mofáronse de Ben-Hur, y de todos lados partían de nuestros contra el Sublime Rey.

Una madre detuvo a Jesús un poco más allá.

—Señor, mi hijo ha muerto. Devuélvemelo Tú que tiene poder para hacerlo.

La mano del Divino Pastor extendiéndose sobre el cuerpo inerte del infante, y la vida volvió a él en el acto, ante el asombro general.

Apenas realizado este milagro, unas mujeres se abrieron paso entre la multitud que se apiñara para presenciarlo.

Eran Esther y la madre y la hermana de Ben-Hur.

—¡Leprosos! ¡Leprosos!—gritó la gente, apartándose de las infelices.

Las tres mujeres postráronse de hinojos ante el Señor, y la madre de Hur impetró su clemencia.

—Señor, apiádate de nosotras, que creemos en Ti.

La mano de Dios posóse sobre

ella y Tirzah y en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, los rostros macilentos, sin vida, tornáronse sonrosados y los labios se abrieron, lozanos, para sonreír.

Ben-Hur había reconocido a las tres mujeres y corrió a reunirse con ellas, loco de alegría por recuperar a su madre y su hermana, y lleno de agradecimiento hacia el Señor, el Rey del mundo, la Piedad personificada.

—¡Madre mía! ¡Mi pobrecita madre!—exclamó Ben-Hur, abrazándose a la adorada mujer que tanto había sufrido.

—¡Hijo de mi alma!—sollozó de alegría, ella.

—¡Tirzah, pobre hermana mía!

—¡Mi buen hermano!

Esther lloraba viendo la felicidad de la familia Hur, y Ben la abrazó también, reuniendo así, bajo su amparo, a las tres mujeres, en tanto que Jesús proseguía su camino erizado de espinas.

Y vieron, con inmenso dolor, como el Rey del mundo caminaba hacia el Calvario, para ser crucificado entre dos ladrones.

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Y cuando lo hubieron crucificado repartieron sus vestidos echando suertes sobre ellos, que llevaría cada uno. (San Marcos. Capítulo 15-34.º)

Y Jesús decía: Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen. (San Lucas. Cap. 23-34.º)

Y cuando vino la hora de sexta fueron hechas tinieblas sobre la tierra, hasta la hora de nona. (San Marcos. Cap. 15-33.º)

Y todos los ámbitos de la tierra temblaron a la muerte del Hijo del Hombre.

GLORIA IN EXCELSIS DEO

Por las llanuras de Judea avanzaban dos legiones.

Pero fueron detenidas y se les dijo:

—Nuestro Rey ha dejado de existir. Nos mandó deponer las armas, perdonar a nuestros enemigos y amarnos los unos a los otros. Y que rogáramos al Padre que está en los cielos...

El manto de la noche cubre los quebrantos del mundo, pero con

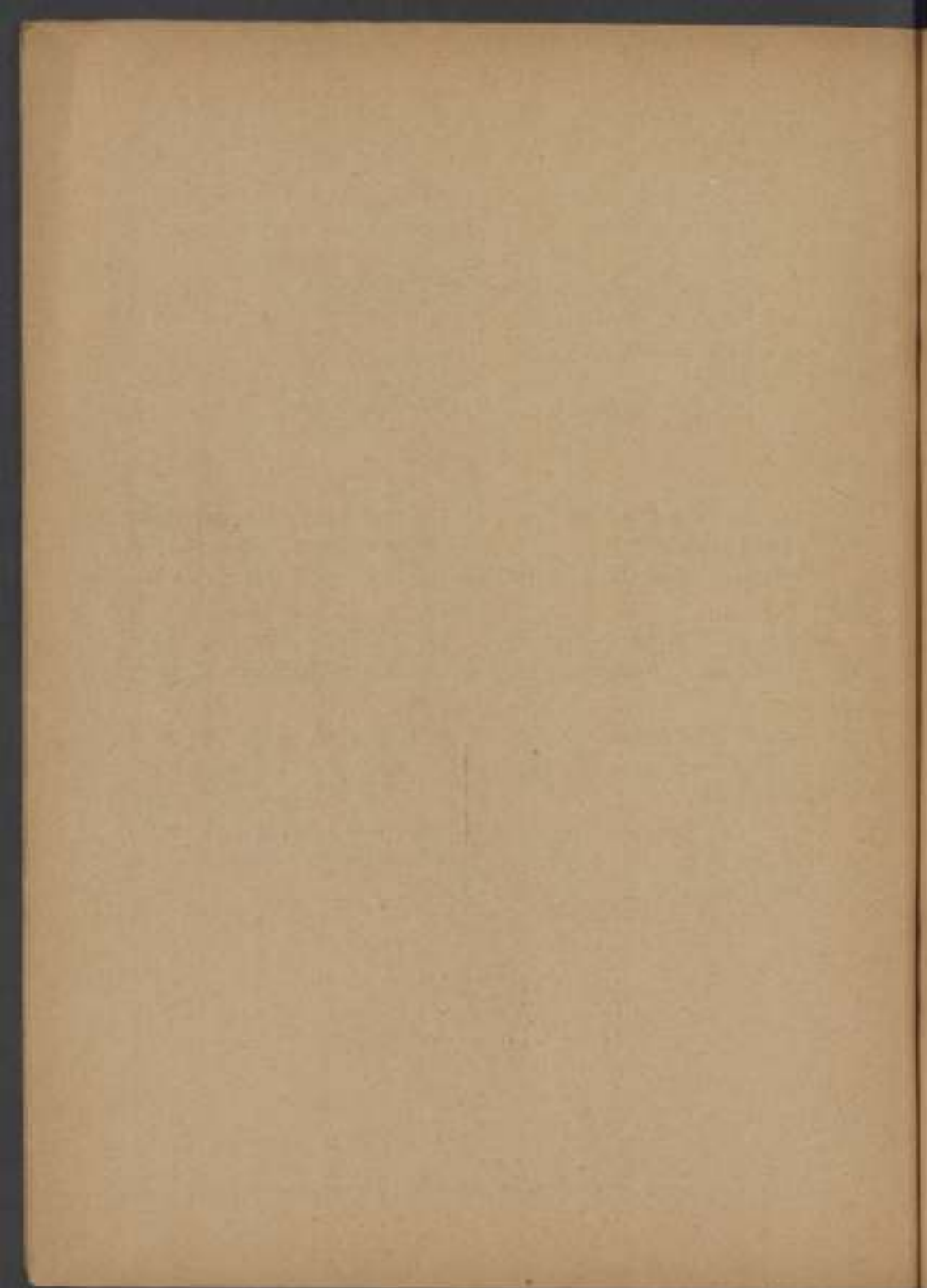
la primera aurora se desvanecen los dolores; y la vida, que es afirmación y alegría, renace más pujante.

Los Hur y Esther contemplaban el Gólgota desde la terraza de su casa.

Y Ben-Hur, abrazando a su madre y a Esther, murmuró:

—Él no ha muerto... Vivirá siempre en el corazón de los hombres haciéndoles vibrar para el amor.

FIN






PROXIMAMENTE

La formidable creación de
Alice Terry y Ramón Novarro

AMANTES

*Producción de la famosa marca
Metro-Goldwyn-Mayer*



¡No se deje V. sorprender por imitaciones!

Las mejores novelas de cine, las más acreditadas, las que merecen la aprobación unánime, son:

**La Novela Semanal
Cinematográfica**

**La Novela
Metro-Goldwyn**

**La Novela Paramount
La Novela Fox**

y

**Los Grandes Films
de La Novela Semanal
Cinematográfica**

Publicadas por EDICIONES BISTAGNE

EN PREPARACIÓN:

LA BAILARINA
DE LA ÓPERA

por

Dolores del Río y Charles Farrell

•

BEN-ALÍ

por

León Mathot y Louise Lagrange

•

LA SINFONÍA
PATÉTICA

por

Henry Krauss, Georges Carpen-
tier, Olga Day, Michèle Verly,
Regina Dalthy

GRAN ÉXITO

del Número Almanaque para 1929 de
**LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA**

Profusión de grabados.
Interesantes argumentos
de películas. Bellísimos
cuentos. Entreviú con la
reina de las modistillas.
32 fotografías-bustos de
los más populares astros
cinematográficos

REGALO de un valioso
álbum para coleccionar
las postales de

**La Novela Semanal
Cinematográfica**
del año 1928

De venta en todos los puestos de librería

COLECCION USTED

los lujosos libros de las ediciones especiales de

La Novela Semanal Cinematográfica

LIBROS PUBLICADOS:

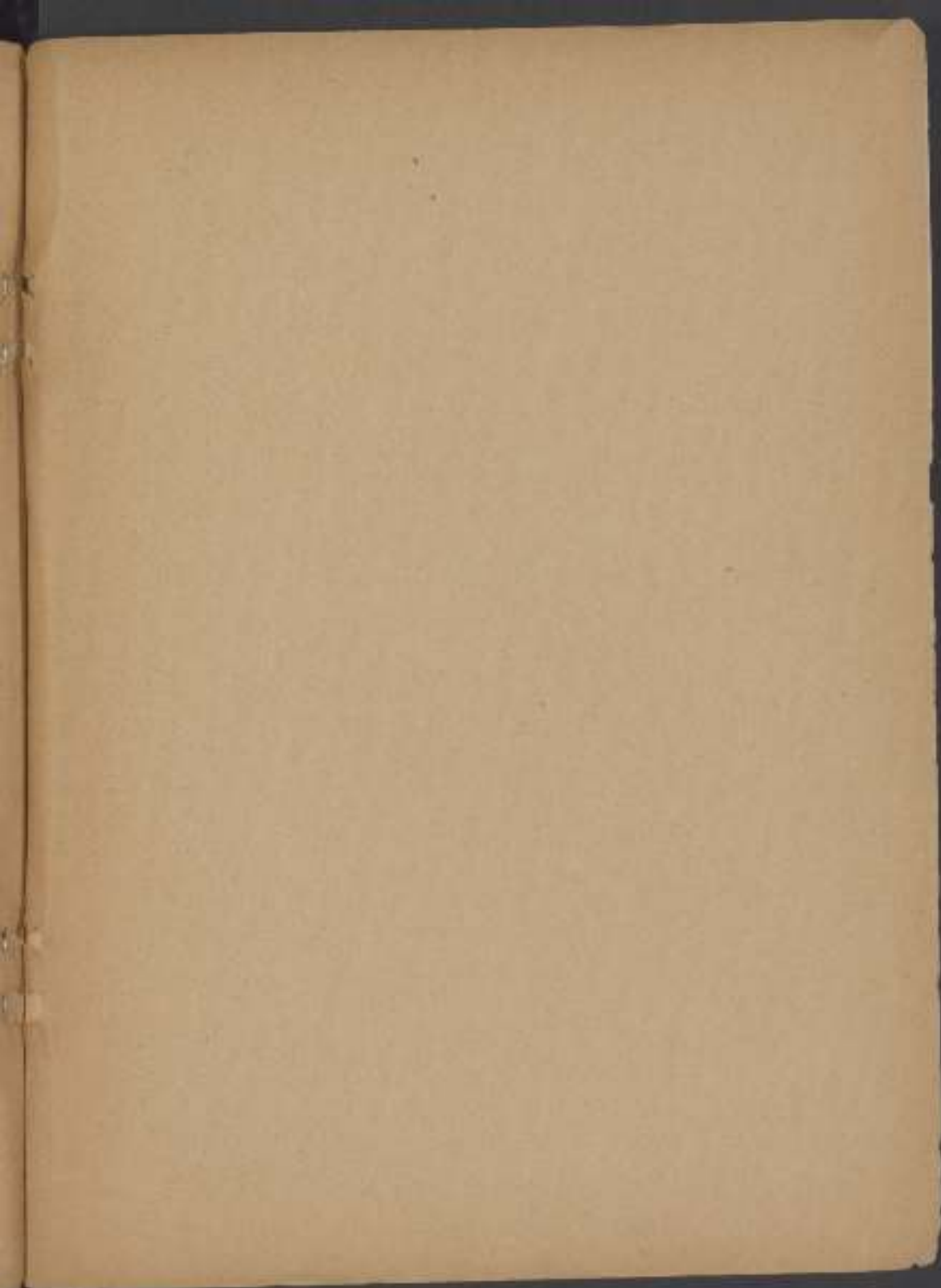
La Viuda Alegre, por Mae Murray, John Gilbert y Roy d'Arcy.—El Gran Destile, por John Gilbert y Renée Adoré.—Miguel Sirogoff o El Correo del Zar, por Ivan Mostoukine, Nathalie Kovanko y Tina Meller.—La princesa que supo amar, por Huguette Duflos y Charles de Roche.—El coche número 13, versión moderna de la célebre novela de Xavier de Montepin. Creación de la genial artista Lily Damita.—Sin familia, por Lottie Shaw.—Mare Nostrum, por Alice Terry y Antonio Moreno.—Nantás, el hombre que se vendió, por Lucienne Legrand y Donatien Cobre, por Rodolfo Valentino.—El fin de Montecarlo, por Francesco Bertini y Jean Angelo.—Vida bohemia, por Lillian Gish y John Gilbert.—Zazá, por Gloria Swanson.—¡Adiós, juventud!, por Carmen Boni.—El judío errante, por Gabriel Gabrio.—La mujer desnuda, por Louise Lagrange, Ivan Petrovich, Nita Naldi, etc.—Casanova, por Ivan Mostoukine.—Hotel Imperial, por Pola Negri.—La flia Ramona, por Lina Fernanda Sola.—Don Juan, el burlador de Sevilla, por John Barrymore.—Noche Nupcial, por Lily Damita.—El Séptimo Cielo, por Janet Gaynor y Charles Farrell.—Beau Geste, por Ronald Colman.—Los Vencedores del Fuego, por Charles Ray y May Mac Avoy.—La Mariposa de Oro, por Lily Damita.—Ben-Hur, por Ramón Novarro.—El Demonio y la Carne, por Greta Garbo, John Gilbert y Lars Hanson.—La Castellana del Líbano, por Arlette Marchal e Ivan Petrovich.—La Tierra de todos, por Antonio Moreno y Greta Garbo.—Tetipoli, por Esther Ralston y Charles Farrell.—El Rey de Reyes, la ciudad castigada.—Sangre y Arena, por Rodolfo Valentino.—Aguilas triunfantes, por Phyllis Haver y Rod La Rocque.—El Sargento Malacara, por Lon Chaney.—El Capitán Sorrell, por H. B. Warner.—El jardín del Edén, por Corinne Griffith.—La Princesa mártir, por Lucienne Legrand.—Ramona, por Dolores del Río.—Dos Amantes, por Vilma Banky y Ronald Colman.—El Príncipe estudiante.—Ana Karenina.—El destino de la Carne.—La mujer divina.—Alas.—Cuatro hijos.—El carnaval de Venecia, El ángel de la calle y La última cita

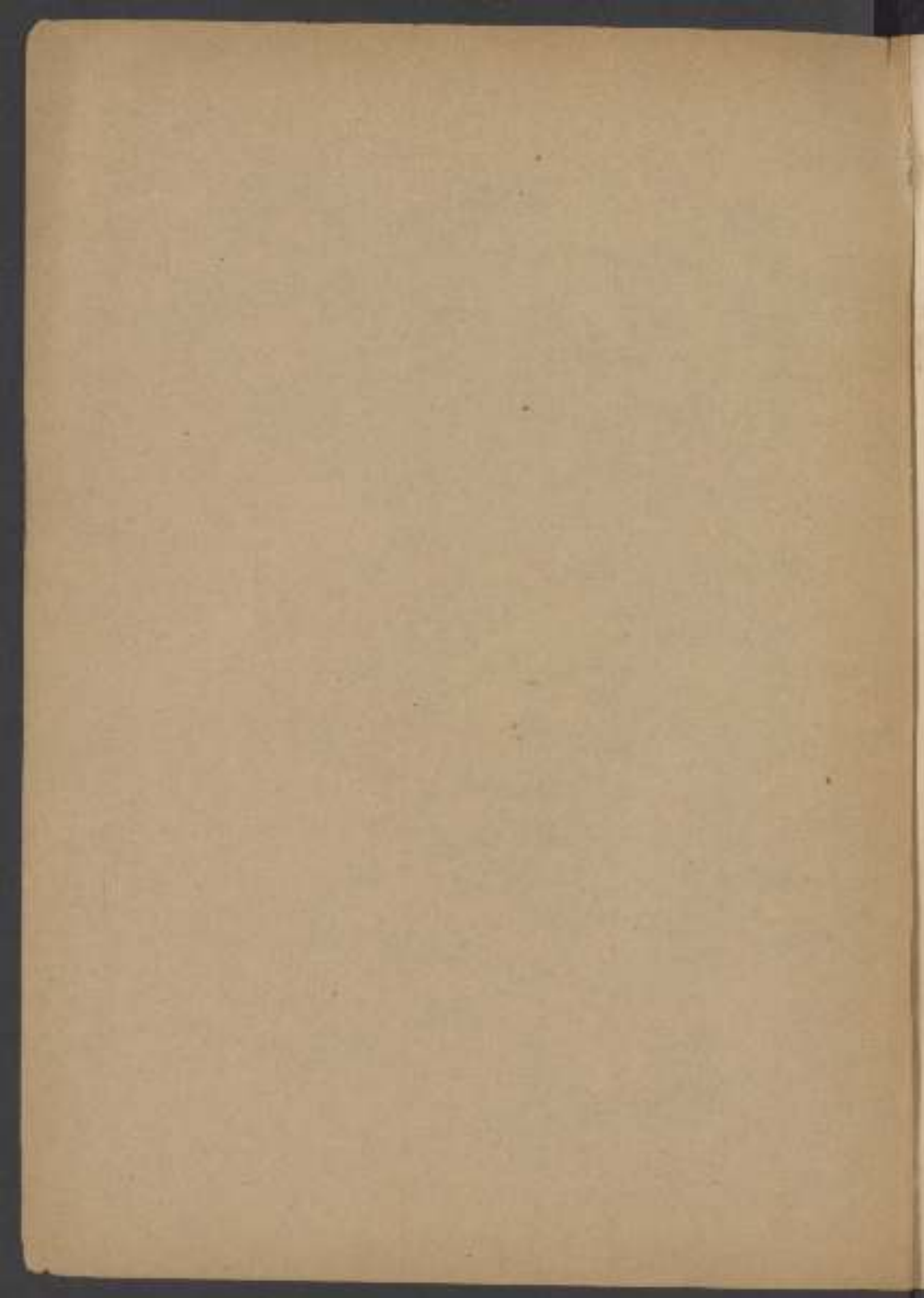
que han constituido otros tantos éxitos para esta Colección, la cual será considerada la Biblioteca más amena, selecta e interesante.

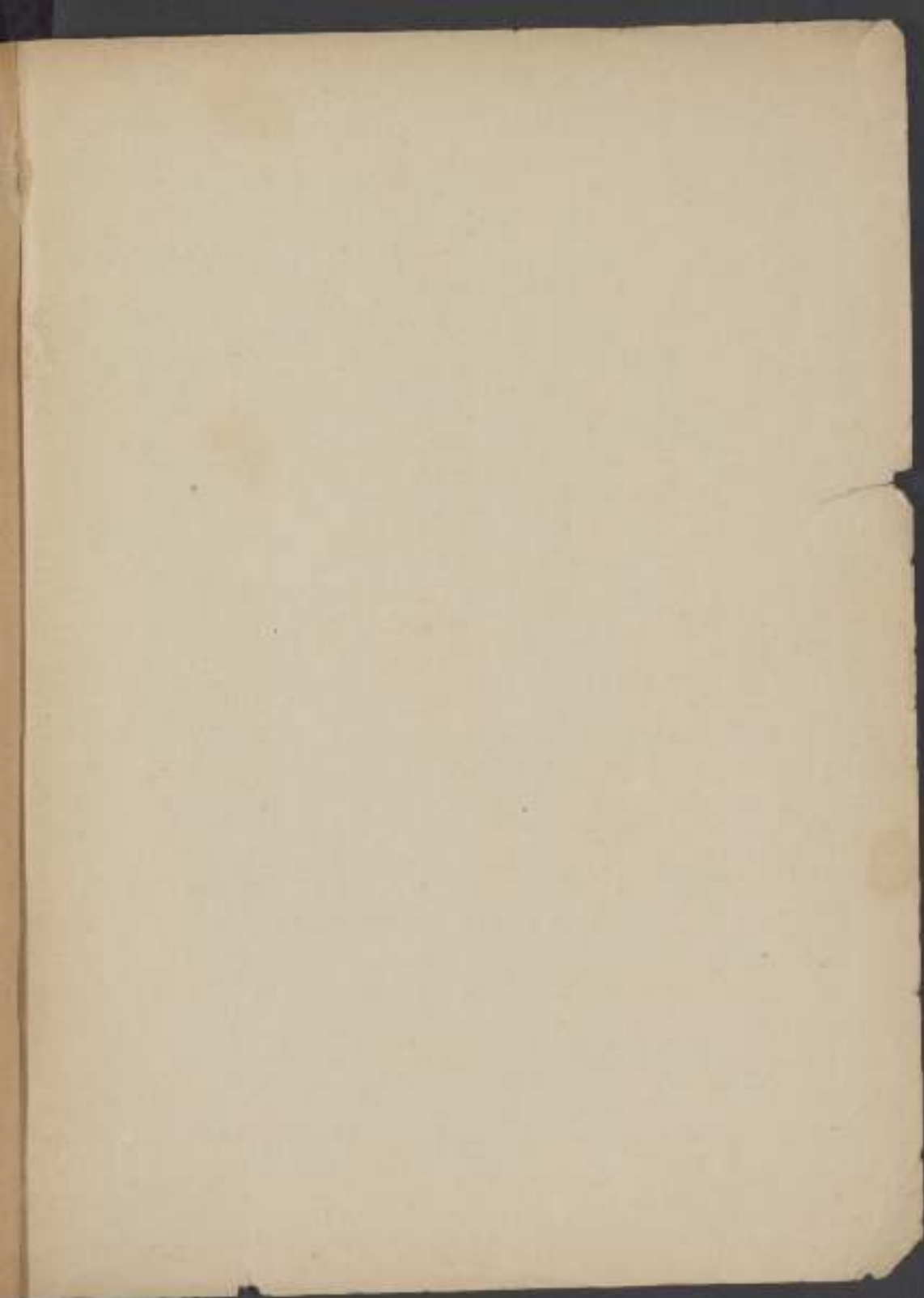
EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Dierlos, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbatá, 16. — Madrid: Ferraz, 21.







EB

8.
44. 8.
Precio: 1'50 ptas.